

# ESTUDIOS

AÑO II

ENERO DE 1934

NUM. 14



EDITORIAL.—LECTURA PORNOGRAFICA Y COMUNISTA . . . . .	1
DECORO DE LA EUCARISTIA, por Ramón Subercaseaux . . . . .	2
VIDA LITURGICA, por Pius Parsch . . . . .	9
EL CATOLICISMO Y LA CRISIS MUNDIAL, por P. R. Coulet . . . . .	11
DE TODO EL MUNDO . . . . .	16
EL FUTURO REINO DE CRISTO, por Ricardo Salas Edwards . . . . .	26
¿FUE COMUNISTA LA IGLESIA PRIMITIVA? . . . . .	32
LOS AVANCES DEL CORPORATIVISMO, por Jaime Eyzaguirre . . . . .	34
NOTAS BIBLIOGRAFICAS . . . . .	38

# “ESTUDIOS”

REVISTA MENSUAL

Fundada por el Centro de Estudios Religiosos

OFICINA: AHUMADA 360

CASILLA 2081 - TELEF. 88573

SANTIAGO

## SUSCRIPCION:

UN AÑO..... \$ 18.00

NUMERO SUELTO..... „ 1.60

---

## LEA UD.

“*El Cristiano hombre de Acción*“, por A. Mahaut.

“*La Doctrina Social de la Iglesia*“, por P. G. C.  
Kutten.

“*Boletín de la Academia Chilena de la Historia*“

“*La Constitución de 1833*“, por Antonio Huneeus.

EN VENTA EN LA

**Librería Cultura Católica**

Delicias 1626

— SANTIAGO

# ESTUDIOS

PUBLICACION FUNDADA POR EL  
CENTRO DE ESTUDIOS RELIGIOSOS

Secretario de Redacción: JAIME EYZAGUIRRE  
CASILLA 2081 - SANTIAGO DE CHILE

Año II

Enero de 1934

Núm. 14

## LECTURA PORNOGRAFICA Y COMUNISTA



Un periódico de Santiago, órgano de un partido nuevo que no basa su programa en ningún credo religioso, ha protestado de que "los chilenos se estén dejando envenenar con la lectura pornográfica y comunista".

Merecen citarse algunos de sus conceptos:

"Desde cierto tiempo a esta parte, la impudicia mercantil literaria ha relajado todos los diques de la moral y de la decencia, logrando conquistar hasta la más oscura librería de barrio. Ni siquiera nuestros apacibles y sanos pueblos y aldeas provincianas han logrado escapar de la fuerza corrosiva y formidable de esta ola de tolerancia inícuca e ilegal.

"La más surtida librería de la capital compite con el más humilde negocio de tabacos perdido en la cordillera, ofreciendo escandalosamente a pobres y ricos, hombres y niños, toda clase de literatura erótica, pornográfica y disolvente".

Nuestras autoridades, agrega, permanecen impasibles ante la más putrida y soez de las plagas "que corroe el espíritu y la moral, transformando las conciencias ciudadanas en pestilentes cloacas al servicio de los instintos... Talentos literarios, corrompidos y enfermizos están esclavizando nuestros hombres a sus apetitos pasionales y reduciéndolos a la calidad de bestias lascivas y débiles en constante adoración de su sexo".

Y como complemento de esta degradación moral y cultural se ha desarrollado la literatura de propaganda comunista, obra de "la acción inteligente y alevosa de enemigos extranjeros internacionales que tratan de socavar nuestra base para transformarnos en un redil vicioso presto a las mayores humillaciones". (Trabajo", 11 de Enero de 1934).

En medio de la ola materialista que todo lo invade, causa verdadero alivio ver cómo se levanta una voz enérgica para defender los conculcados principios de la moral. Ojalá que este llamado encuentre eco en los demás colegas de la prensa y en el público en general....

Ramón Subercaseaux

# Decoro de la Eucaristía

Nada más natural que asociarse la idea de belleza plástica o de belleza musical a cualquiera de las facetas de la idea eucarística. Nosotros somos seres sensitivos, es decir, somos afectados principalmente por el conducto de los sentidos, llámense ojos u oídos; la idea, la frase, la palabra, penetran al espíritu a medida que vemos u oímos. Y sin esta ayuda, no llegan al recipiente del alma las nociones, o la mayor parte de ellas por necesarias que sean.

Pero si se trata de ideas elevadas, de nociones superiores, de inspiraciones sublimes, ya no puede haber duda de que el concurso del arte es de toda importancia. La lectura y escritura quieren entonces la forma de una prosa noble o el ritmo de la poesía; la oración usa de sus inflexiones más elocuentes, más expresivas. Esto desde el punto de vista del arte literario, de la retórica.

Mirando ahora desde el punto de vista de las bellas artes propiamente dichas, siempre fué entendido que su apoyo era, para este caso, no diré útil y apropiado, sino muy laudable y casi indispensable. Tocar la razón por medio de la enseñanza y en seguida el corazón por medio de los resortes enderezados a moverlos, ese es, en una palabra, el estimable objeto de las obras de belleza dedicadas a la Eucaristía, y es de lo que ligeramente vamos a tratar en el presente trabajo.

\*\*\*

El primero en reparar que estas cosas eran necesarias fué el propio divino fundador de la Eucaristía, Jesucristo. Quiso precisamente que el sitio donde debía de celebrarse la ceremonia fuese espacioso y bien puesto: "Et ipse vobis demonstrabit coenaculum grande, stratum, et illic parate nobis". Como se lee en la Pasión según San Juan.

El local lo hemos visitado, y con honda emoción lo hemos venerado, a pesar de encontrarse reconstruido y desfigurado desde

aquel entonces. Es un abovedado de cierta delicadeza y elegancia, tenido y custodiado por una familia musulmana que se hace una fuerte renta, cobrando la entrada a los peregrinos de Jerusalén. No podemos, sin embargo, decir "no importa" bien que las cinco partes del mundo están pobladas de magníficas basílicas, catedrales, iglesias menores y capillas que guardan el sacramento y son otros tantos cenáculos.

\*

El arte inmaterial, espiritual, la música, tiene cabida desde los primeros tiempos dentro del culto de la Eucaristía. Entre estas mismas paredes del Cenáculo donde congregados en torno de la Virgen María y presididos por el Espíritu Santo se reunían Apóstoles y catecúmenos, maestros y discípulos, se hicieron resonar los primeros coros de alabanza. La liturgia cristiana nació espontáneamente de entre las andas de esas voces santas, dulces y valientes, que no temblaron ante la perspectiva ya cercana de la persecución y de la muerte. La persuasión cristiana, derivada del canto, fué un recurso empleado por mucho tiempo. Como las murallas de Jericó, cayendo al son de las trompas marciales de Josué, así se rendían las gentes ante las procesiones que avanzaban en todas partes por las brechas que abrían los convertidos a la nueva fé. En Inglaterra, los primeros monjes mandados por San Benito, dominaron la isla avanzada sin armas, pero cantando, cantando siempre. Y fué una conquista de la Eucaristía, como muchas otras de que fueron testigos las naciones paganas de aquel tiempo.

Materia de un tratado especial o de una voluminosa historia, sería narrar el progreso del arte musical sagrado al través de los veinte siglos de la vida cristiana; es cosa que han dilucidado con éxito diferentes autores en diferentes países. De los primeros tiempos no

se conservan más que muestras correspondientes a la letra y no a la música. Es casi seguro que el estilo de los himnos no diferiría mucho del estilo de los cánticos finales del ritmo de los judíos. Las primeras procesiones cristianas, debieron ser como una reminiscencia, en sus exterioridades de las ceremonias en que ordenadamente marchaban los últimos devotos del Arca de la Alianza, llevada por Tito a Roma, después de la destrucción del Templo de Jerusalén.

Fué San Gregorio Magno, quién dió el impulso que hasta el día de hoy se siente. Es el canto gregoriano que, conservado en su primera estructura, se extiende por el mundo de las basílicas, catedrales y abadías de todas partes. La liturgia eucarística tiene ahí uno de sus apoyos más considerables. Carlos Magno, haciendo construir los primeros órganos en el orden de los que hoy conocemos, aportó a su vez un nuevo elemento, de valor inapreciable. La mística Edad media, no podía dejar de producir en el arte de la música demostraciones dignas de la fé amplia en que vivía. Son pocas las muestras que nos han llegado, pues, Guido de Arezzo, no había aun fijado la pauta que sirve para anotar con fidelidad las variantes en el registro de los tonos musicales. Pero apenas despuntaba la luz del Renacimiento, apareció el genio de Palestrina, y el de muchos otros autores, italianos y extranjeros, los cuales produjeron composiciones bellísimas, acogidas hasta el día de hoy, como piezas de alta inspiración eucarística. Bach y Haendel, en Alemania, Rameau en Francia y posteriormente Stradella, el napolitano, allegaron su inventiva y su sentimiento dejándonos innumerables trozos verdaderamente dignos de ser escuchados por las generaciones que se vienen sucediendo en el culto y adoración del Sacramento.

Los genios dominantes de Beethoven y de Mozart, seguidos en menor altura por más de un compositor moderno han llenado los moldes de los poetas sagrados de sus tiempos, han traído desde los años bíblicos los salmos de David, y han recogido los himnos, secuencias, antifonas, letanías de

todo el tiempo cristiano hasta formar un repertorio rico, riquísimo, digno, digámoslo así, del asunto mas santo que pueda ser ofrecido a un hombre, un artista. Entendemos que descuella por su excelsa hermosura y sus tiernos arranques la "Letanía del Santo Sacramento" de Mozart, la cual desgraciadamente se encuentra exclusiva y celosamente guardada por la institución musical llamada Filarmonía de Berlín.

Tan noble como el de la música es seguramente el arte de la pintura que trasmite a las generaciones humanas su propia historia, presentada ahora en todas sus luces, en todos sus colores y formas, en todos sus perfiles. Porque los recursos de la pintura son tan inagotables como aquellos de que se sirven las puras letras que expresan los sentimientos o la ciencia de los hombrs.

Queremos dejar pasar casi sin detenernos la alborada de este arte predilecto, en cuanto se atiende a los primeros pasos de los cristianos que se daban simultáneamente en la Palestina, en el Asia Menor, en Roma y en Grecia. Si la época era primitiva, el arte de la pintura en la nueva religión, lo era en grado mayor aún; nos quedan las muestras sobre las oscuras galerías de las catacumbas. Pero si el ojo y las manos fallaban, la piedad y la imaginación suplían; lo demuestran esas mismas composiciones pintadas en modo ingenuo y elegórico en que el Cristo es representado por el semidios Orfeo, y en que las figuras de palomas y de peces son repetidas en toda acasión, pintadas que están al fresco y con bien poca maestría de parte de esos artistas inexpertos y santos.

Hay que saltar hasta el siglo del Renacimiento para encontrar en su esplendor el arte magnífico de la pintura religiosa. A él se dedican los ingenios más destacados y sobre todos descuella el nombre glorioso de Rafael Sanzio, cuya obra maestra es precisamente la Glorificación de la Eucaristía.

Esta obra es acaso la más bella que se ha pintado desde que el mundo existe; es cono-

cida universalmente con el nombre de **Disputa del Santo Sacramento**. El título le viene de alguno de sus personajes que se muestran en un ademán acalorado, como si se tratara de una fuerte discusión. En el idioma italiano el vocablo *disputa* tiene igual valor que el de discusión, y esto es lo que ha dado vuelo al título que en todo otro idioma debe ser de discusión, o sea dicho, **glorificación** y apología, ya que se sabe que en este sentido concibió la obra el insigne Rafael. Esta célebre composición es reputada como la más elevada expresión del arte cristiano, impulsada que está por el más alto misterio, el de la Eucaristía. Es también, y en absoluto, la obra maestra, y de ella dicen los críticos que "marca una fecha decisiva en el desarrollo del espíritu humano".

El Dios Padre preside desde lo alto del gran fresco. Bendice con su diestra; con la otra mano sostiene la esfera del mundo. Le forman aureola los coros de ángeles y querubines en medio de un fondo de luces sobrenaturales. Rafael se ha atrevido a pintar el cielo abierto en su foco ardiente de gloria donde se mueven las excelsas criaturas que lo pueblan. Caen dilatándose y abriéndose dentro del escenario, rayos de fulgor divino. No se puede dar una concepción más sabia ni una más divinizada representación humana.

Jesús domina en seguida acompañado de su augusta madre y de San Juan, el bautista. En un medio círculo están sentados cerca de él y en noble actitud los patriarcas y profetas, los apóstoles, los mártires y confesores de la Iglesia católica, personificaciones todas del Antiguo y del Nuevo Testamento. Es una congregación santa y majestuosa que en los extremos se cierra con San Pedro teniendo las llaves y con San Pablo espada en mano.

Más abajo forman un anfiteatro de santos y de grandes hombres aquellos que más se han distinguido en el conocimiento y la divulgación de las ciencias teológicas, de la exégesis, de los misterios de la fé; los papas que han proclamado los dogmas, los doctores, los taumaturgos y los mártires. El centro es un ata en forma de altar: allí van las

miradas, la atención y los anhelos de todos los personajes: parece un tribunal de apologética en el cual se destacan, vestidas en sus ricos ornamentos, las figuras de los padres de la Iglesia, de San Gregorio Magno, San Ambrosio, San Gerónimo, con su león, y San Agustín. También ha sido llamado este círculo el de la Santa *Conversazione* por estar compuesto de celebridades más cercanas de la época en que Rafael lo fijaba en la más célebre de sus composiciones. Allí encontramos a Fra Angélico, a Santo Tomás de Aquino, a Savonarola y al Dante.

Todos los círculos que forman esa singular concentración de santidades y de genios profundos se han extendido en torno del altar sobre el cual ha sido expuesta la custodia que encierra la blanca hostia. La mirada, los nobles gestos, las manos se dirigen a ella en actitudes, cuales vehementes y apasionadas, cuales tranquilas pero siempre expresivas. Es un conjunto nunca ideado ni visto. Sólo el genio portentoso de Rafael pudo concebir y dar cuerpo a una escena tan grandiosa.

El poder, la fuerza de expresión propia del arte quedaron ahí, Dios quiera para siempre, dedicados a la mayor glorificación de la santa Eucaristía.

\*

Si el famoso fresco del Vaticano hubo de dar la nota alta en este camino de flores, en este concierto de las bellas artes para alabar al rey de los sacramentos, no olvidamos por eso los variados ofrecimientos que en la misma intención han prodigado las demás ramas del ingenio artístico de los hombres. A porfía la escultura, la arquitectura, la orfebrería, la cerámica, el arte del esmalte y del grabado en todas sus aplicaciones han propuesto desde los tiempos del Renacimiento lo mejor de sus producciones ante el altar de la Eucaristía. Los frescos murales, las telas de los grandes maestros y otras obras atestiguan el afán de allegar a ese fin nuevas invenciones, primorosas muestras de la mente y de las manos de los artistas, de los artífices de los más variados órdenes.

Ocurre nombrar antes que ningún otro el

gran cuadro del Dominiquino poseído por el museo Vaticano, que se llama la **Comunión de San Gerónimo** y que es obra eminentemente eucarística. El santo, ya muy anciano, encorvado más que arrodillado, recibe la comunión de manos de un respetable sacerdote que se la ofrece con expresión del semblante informada por la más delicada unción. El que comulga en forma tan devota se halla como arrobado en ese momento de amor y de fé; su mirada empañada acusa al mismo tiempo todo el fervor humilde, todo el agradecimiento del alma santa que se une a su criador, a su Dios sacramentado cuando precisamente siente que no falta más que un poco tiempo para que la unión sea confirmada en la Eternidad del cielo.

\*

Se sabe que como una consecuencia de ese movimiento clásico, artístico, humanista y literario que se llama el Renacimiento, nació, por iniciativa de la Iglesia, otro gran movimiento, religioso ahora, que se fundió en la memorable y santa asamblea que se llama el Concilio de Trento. Ahí se definieron y se pusieron en vida efectiva los dogmas, las reglas o cánones y las disposiciones generales del gobierno espiritual del mundo, algunas de las cuales necesitaban cierta revisión o por lo menos una nueva adaptación en vista de los tiempos que corrían. La ola del protestantismo que venía de las regiones heladas del Norte, encontró en Trento el murallón que la rebatiera.

¿Cuál fué el arma irresistible que en seguida sirvió para ganar las batallas de la fé, para volver la ofensiva del evangelio contra las heregías desencadenadas por los recios partidarios de Lutero y de Calvino?

La Eucaristía. Los venerables y sabios padres del Concilio, inspirados como en los tiempos primeros, señalaron con el dedo la hostia encerrada en la custodia de oro, tal como también lo hacen los otros padres en la Glorificación del fresco de Rafael que hemos recordado. Y quedó claramente establecido, que así como la propia palabra Eucaristía deriva del griego que significa gracia, amor, así ella constituye el más augusto y

bello de los sacramentos, fin y término al cual todos ellos se refieren, porque la Eucaristía es a un mismo tiempo sacramento y sacrificio, garantía y esperanza.

Desde entonces las obras de producción artística enderezadas en honor de la Eucaristía se hicieron más y más numerosas, más y más hermosas. Si se fué abandonando la custodia en forma de relicario de oro que en una columna o tubo de cristal encerraba la hostia, se hizo casi general el uso de otras alhajas grandes con formas de castillos encantados, torres góticas, arcas floridas en que relucían el oro, los diamantes y los colores variados del esmalte. Así también fué abandonada la paloma, siempre de plata o de oro, que durante siglos fué empleada principalmente en guardar las formas destinadas a los enfermos. Y, por fin, la custodia en su forma actual ha quedado siendo preferida.

\*

Después de la pintura, que ya había ofrecido la más grandiosa de sus concepciones, pero que no cesaría de dar nuevas obras maestras, viene el arte nobilísimo de la escultura que mirándolo sólo en la persona del Bernini promueve una cantidad de estatuas y relieves que causaron y seguirán causando la más devota admiración. Este famoso escultor de figuras paganas se puso un día a inventar figuras de mármol representando a los ángeles que invisiblemente revolotean en torno de los altares o se agrupan a las puertas del tabernáculo. Su esfuerzo artístico fué tan considerable como eran admirables su voluntad y su extraordinario talento, y así hemos podido ver, después de cuatro siglos, esos espíritus celestiales presentados en plástica perfecta, convertidos que están en cuerpos de sus ligeros ropajes, como sus alas y los rizos mármol blanco, pero suaves y blandos como de la cabeza. Se agachan y se doblan como si fueran de materia humana juvenil y fresca, incitan al amor y reverencia infundiendo al mismo tiempo el deseo pronto del cielo. ¡Qué triunfo para un artista!

Del tiempo del Bernini a los días presentes se pueden contar cuatro siglos en los cuales ha abundado la materia artística del género

que hoy nos ocupa. Sin contar al muy famoso Benvenuto Cellini, escultor y orfebre sin rival que dedicó primorosos trabajos al altar, quiero llegar a la tierna figuración hecha siempre en el duro material del mármol del niño "San Tarcicio", el mártir de la Hostia. Asaltado que fué y lapidado por los paganos de Roma, cae Tarcicio en medio de la calle y muere aferrando en su pecho el tesoro que le había sido confiado, precisamente porque nadie debía de sospechar que el divino sacramento, pedido por un enfermo, sería llevado por esa heroica criatura que aún no cumplía la edad de un adolescente. El museo del Luxemburgo mostraba en París este mármol precioso, animado por un última soplo de vida terrenal. Nadie lo miraba sin sentirse mocionado.

Porque la niñez y la Eucaristía parecen criadas para andar juntas. Es Jesús llamando a los niños. Y por otra parte son los artistas de todo oficio los que nada encuentran mejor para imaginar los cortejos que en su esencia espiritual acompañan a la Hostia que esos tropes de niños alados y jugueteros que circundan al caliz y viven cerca de la custodia. Y en el terreno de lo más real y positivo, dominada que sea la loca imaginación, ¿qué espectáculo, qué ceremonia toca más al corazón que esas azucenas en movimiento, que esas filas de niños adornados de la rosa de seda blanca, devotos y felices allegándose al comulgatorio en el día de la Purísima?

Pero también en Chile existen objetos de arte sagrado enteramente dignas de mención y de alabanza. El tesoro de la Catedral de Santiago cuenta con una custodia y un caliz de tanto mérito que sería difícil encontrar iguales. Son de plata y oro, y concebidos en el estilo que unos llaman del Siglo XVIII y otros de Luis XV. Son hermosísimos y pesados, no del exceso de ornamentación sino de la riqueza de los metales purísimos en que fueron fundidos y donde mordió el buril del maravilloso artista.

En el año 1748 había llegado de Alemania el padre jesuita Haymhausen con 38 hermanos coadjutores, operarios de orfebrería,

ebanistería, tejidos, etc. Entre ellos el autor de la custodia y del caliz afamado (aunque pocos lo han mirado de cerca) con el nombre de "caliz de los jesuitas". No se sabe de cierto cuál fué ese autor de obras maestras; acaso él mismo quiso, como el autor de la imitación de Cristo, que su nombre quedara en el olvido.

Pero sí podemos afirmar que ambos objetos son de aquellos que merecen celebridad, como merecen grata recordación aquellos jesuitas del siglo inquieto y oscuro que luchaban aquí y en todo el mundo por expandir el arte y la industria con la fé, junto con la actividad y con el progreso de la piedad cristiana.

El tributo de la estatuaria y sus artes afines es tan grande que no tendríamos tiempo para seguir haciendo mención de él sin dejar en olvido otras artes o industrias finas y delicadas que en su esfera han sabido concurrir al decoro que pide la Eucaristía. Ahí están los esmaltes que dan luces y colores como si fueran sus tonos otras tantas láminas de metales raros y fantásticos. Los cálices los copones, las custodias y otros objetos, que llamaremos de la intimidad de la Eucaristía, se encuentran muchas veces decorados con medallones de esta brillante materia. Los admiramos; y elogiamos sin reserva a los ingeniosos artífices que les han dado esas formas, esos reflejos multicolores e imprevistos aunque no pensamos en las enormes dificultades y riesgos de un oficio que consiste en manipular vidrios derretidos y metales enrojecidos hasta dejarlos en el punto de belleza a que ellos aspiraban.

\*

Destinados al mismo contacto se encuentran esos tenues tejidos de lino que completan el ajuar del Sacramento. Los hay que se ven orlados con finísimo pespunte y con trabajosas guardas que acusan la habilidad y la paciencia de muchas mujeres, jóvenes y ancianas, destinadas las más de las veces a perder la vista en la continuación de ese trabajo menudo, pero admirable.

Del bordado y otras labores de aguja podemos decir otro tanto o más, porque con



él se transforma una tela, una piel, dibujándola con hilos de seda, de oro y de plata hasta dejarla hecha un ornamento riquísimo, un estandarte, un guión o un palio, elementos todos de ceremonias y procesiones, sin los cuales no habría entusiasmo externo sino frialdad manifiesta entre los fieles.

\*

Tócanos ahora hablar de un arte más grande aún, de un arte fundamental, con el pesar sin embargo de no poder contar con el tiempo requerido para considerarlo siquiera medianamente. Es la arquitectura que hace templos y conventos, santuarios, torres, altares, campanarios y tabernáculos, todo dedicado en primer y en último término ¿a quién? Al Dios de la Eucaristía. Cada templo, desde la basílica de San Pedro de Roma o desde las catedrales de París y de Londres hasta la modesta capilla del misionero, no es más que un arca destinada a contener ante la veneración de los fieles el sagrario de la Eucaristía.

Con ésto, y reconociendo que en verdad no sabríamos ni siquiera cómo principiar, preferimos detenernos solamente en vista del monumento a cuya propia sombra nos encontramos en este instante congregados. (1) Celebremos, junto con los reverendos sacerdotes que nos trajeron un nuevo fervor al espíritu, el cuarto de siglo que cumple ahora su fundación.

Es una obra de bendición. Yo la agradezco en el alma, y en mí habla el católico y el ciudadano, porque desde aquí, desde la cúpula y desde las torrecillas que la acompañan me parece sentir la emisión de las ondas dulces del Sacramento de amor, y oír el llamamiento de los evangelios incitando al cumplimiento de sus leyes de fé y de honestidad con las cuales se rigen los hombres y los pueblos felices. Otra vez, mi agradecimiento, reverendos padres, atreviéndome ahora a presentarlo en nombre de todos los habitantes de Santiago, los cuales ven en vues-

tro hermosísimo templo no sólo un gran edificio nuevo sino principalmente un centro poderoso y dominante donde se aviva la fé, se aprende la verdad, donde se encuentra la virtud y donde se adquiere la cultura.

Nada hemos dicho de la festividad anual del Corpus, universalmente celebrada en honor del Sacramento del altar. Pero que no pase nuestro trabajo sin mencionarla, sin recordarla. Es la fiesta del Emanuel, del Dios con nosotros, del Dios en la calle, del Dios con todo el mundo!

Es la proclamación del Dios nacional. Por eso han concurrido emperadores y reyes abriendo la marcha al palio de penachos blancos, que encubre la tenue hostia, ante la cual los mismos monarcas y grandes de la tierra son puro polvo y ceniza. Por eso concurre todo el pueblo que canta, y eleva su voz entre las espirales que suben de los incensarios.

Es un día de fé y de alegría. Así el rey Davil, bailando delante del Arca, hacía un anuncio simbólico de la hostia soberana. Franca manifestación que han repetido año a año en Sevilla los seises de la catedral, cuando ejecutan el día del Corpus, en presencia del tabernáculo descubierto y vestidos con lindos trajes del siglo XV, la danza característica que vienen a admirar los extranjeros como los españoles.

\*

No quiero termina sin recordar un hecho histórico que si no es grande en sí mismo, demuestra de la manera más clara y con fuerza dramática el poder intrínseco de la Eucaristía y la majestad de su presencia aunque sea delante de hombres rudos, en ningún modo preparados para reverenciarla.

Era durante la invasión de España por los ejércitos de Napoleón. La resistencia de la ciudad de Zaragoza era obstinada y heroica; los que no podían combatir oponían en último caso su inercia: nadie pensaba en rendirse. En esto, y exasperado el jefe de uno de los sectores de ataque al ver que ni su artillera hacía efecto, hizo aplicar un barril de pólvora al cimientto del alto muro de un convento de monjas que obstruía y detenía

(1) Se refiere al Templo de los R. R. P. P. Sacramentinos en Santiago, en cuyo Convento se dió lectura al presente trabajo.

su porfiado avance. Cae derrumbado el murallón envuelto en polvo, entre escombros y maderos rotos. Agrúpanse los soldados para hacer el asalto, pero al despejarse la vista se encuentran ante una escena imprevista, y se detienen confundidos.

Están dentro de la iglesia del convento; de frente al altar con sus cirios encendidos y en alto la custodia con el Santísimo hacien-

do el centro de los rayos de oro. De ambos lados las religiosas de rodillas implorando a Dios en ese momento extremo.

Entra por la brecha el general seguido de un batallón. Lo ha comprendido todo, y de pié sobre los estribos del caballo, grita mandando:

¡Alto! ¡Presenten armas!

Dr. PIUS PARSCH

## VIDA LITURGICA

La Liturgia por medio de sus formas perfeccionadas a través de los siglos, no sólo quiere enseñarnos el Servicio del Señor, el "Opus Dei", sino que quiere plasmar todo nuestro ser, siempre que nos conformemos a sus leyes internas y que hagamos de ellas la norma de nuestra vida. En realidad podemos hablar de una conformación litúrgica de la vida que en muchos puntos se separa abiertamente la piedad subjetiva que es lo que domina hoy día. Esta actitud litúrgica del alma, puede competir con sus hermana menor, basándose en su gran antigüedad y en la nobleza de su origen. Es ella piedad y manera de vivir de la primitiva Iglesia y de la Biblia.

¿De qué manera podemos conformar nuestra piedad y nuestra vida religiosa cada vez más separada por el espíritu subjetivo y egocéntrico que ha dominado durante los últimos tiempos? Si no concluimos radicalmente con ello ni podemos ni siquiera pensar en poseer una vida basada e impregnada de piedad litúrgica. Podemos usar con todo entusiasmo el Misal y Breviario y, sin embargo, estar muy lejos aún del verdadero espíritu litúrgico: porque la liturgia consta de alma y cuerpo. El cuerpo es la forma, la palabra, la actitud, pero el alma es el espíritu de la liturgia y es éste el que debemos hacer nuestro. Naturalmente, esto no podemos alcanzarlo de hoy a mañana. Pero debe venir; para algunas almas llega más ligero. Tan pronto como ellas descubren la diferencia, cae el velo de sus ojos y una gran claridad se produce en ellas para ver el espíritu litúrgico. Otros no lo alcanzan nunca; en este caso las discusiones y razonamientos nada pueden.

¿Cuál es el camino para llegar a la claridad? Practica con dedicación la Liturgia. Pasa de la oración individual a la oración en común. Busca en tu piedad a la comunidad y atente a las formas de la Liturgia. No te preocupes tanto de las prácticas y cosas exteriores de la Religión, sino que trata de penetrar cada vez más al fondo. Que tu vida y tu oración sean Cristocéntricas y Theocéntricas. No consideres la piedad como trabajo de los hombres, sino de Dios. Ni te ocupes tanto del pecado, sino del convencimiento dichoso de nuestra Redención. Necesitas sobre todo una apreciación diferente y un cambio total de los valores religiosos. Debes hacerte el ánimo de encontrar contradicción en tu Parroquia, tu Director Espiritual y todo lo que te rodea. Lo primero que debes hacer es: entregarte totalmente a una actitud espiritual objetiva y theocéntrica.

El edificio de nuestra vida debe estar fundado sobre tres cimientos: estos se llaman, Vida Divina, Eucarística e Iglesia.

a) Vida Divina. — ¿En qué consiste nuestra santidad?

En primer lugar, no en nuestros esfuerzos para la perfección, ni en el cultivo de las virtudes, sino en el crecimiento y desarrollo de la vida santa de la gracia en nosotros. Esto es independiente de nuestro esfuerzo: es obra divina. En el Bautismo, en la Confirmación fui santificado, en la Eucaristía me santifico y renuevo cada vez que la recibo. Esta santa vida de la gracia no es sólo el principio de nuestras virtudes y perfecciones, sino el fin propio y perma-

nente de nuestra vida. ¿Queremos, pues, conformar y adaptar nuestra vida a la vida litúrgica? Debemos tener cuidado del crecimiento y fructificación de la vida divina en nosotros. Dejemos que Dios obre en nuestras almas.

b) Eucaristía.—Los dos grandes medios para que Dios obre en nuestras almas son el Bautismo y la Eucaristía. Los dos están íntimamente unidos. El Bautismo da el germen de la vida divina, la Eucaristía la desarrolla. En la Eucaristía somos cada vez bautizados nuevamente. Del mismo modo que con el Bautismo, cada vez que recibimos la Eucaristía muere en nosotros algo del hombre viejo y resucita algo del hombre nuevo. Con la Eucaristía se cumple en nosotros la fructificación y aumenta la vida divina. Así podremos comprender que la Eucaristía sea el punto céntrico de la vida de la Iglesia. La Eucaristía no es tanto la prolongación de la presencia de Cristo sobre la tierra, como el sacrificio y alimento de las almas; es la perpetuación de la redención, es el alimento indispensable para la vida de la gracia; es el sacrificio de todas las gracias. Quien quiera vivir litúrgicamente debe colocar la Eucaristía en el centro de su vida. Con esto nos referimos especialmente a la participación en la misa del Domingo.

c) Iglesia.—El tercer fundamento es la comunidad en y con la Iglesia. Debemos volver nuevamente a considerar la Iglesia como madre nuestra, como el cuerpo místico de Cristo, como la esposa inmaculada y santa de Cristo Rey. No nos presentamos ante Dios como individuos aislados, sino como miembros de la comunidad santa de la Iglesia. Soy pecador y miserable, pero como miembro de la Iglesia soy santo e inmaculado. Por eso busco la comunidad en todas mis actividades religiosas, en la oración, en el sacrificio, en la vida. La comunión de los santos llega a ser para nosotros un importantísimo dogma de fe; la comunidad con la Iglesia triunfante y la comunidad de los cristianos entre sí. ¡Cuidémonos de la soledad! ¡Vae solí! ¡Hay del solitario! En tiempos del individualismo se ha considerado la persona como el todo, la comunidad era considerada vulgar. Los titanes de la teoría del superhombre imaginaban poder construir su torre hasta los cielos. “Seréis iguales a Dios y conoceréis lo bueno y lo malo”. El fruto de esta semilla diabólica ha sido el subjetivismo, el racionalismo, el nacionalismo, el materialismo y, como quieran llamarse, todos los errores de la actualidad.

Debemos volver a la comunidad religiosa, a la comunidad humana. Habrá mucho que trabajar aún para sacar a la humanidad del ensimismamiento, del aislamiento y del odio de clases. Pero, especialmente para la vida litúrgica, es el espíritu de comunidad una de las bases más indispensables.

Vida Divina, Eucaristía e Iglesia, son los tres pilares de la vida litúrgica.

# El Catolicismo y la Crisis Mundial

## LA IGLESIA EN LA TORMENTA

Pienso yo que nadie se sorprenderá de verme escoger como tema de la enseñanza que tengo la misión de dar, una cuestión de particular actualidad y de gravedad excepcional.

En efecto, si en el pasado he creído necesario dejar a otras formas de predicación que, por otra parte para ello bastan, el cuidado de recordar en detalle las grandes verdades de la fe cristiana o las obligaciones de culto que ella impone, para dedicarme de preferencia al examen de los graves problemas que plantea ante la conciencia cristiana la realidad diaria de la vida social, he aquí cual fué entonces mi cuidado constante y mi gran ambición: sacar nuevamente a la luz las grandes leyes del orden moral cristiano cuyo desconocimiento y olvido demasiado a menudo son el origen de la mayor parte de los males que sufrimos y servir así a la vez la causa de la religión, mostrando el valor de vida de su doctrina la de las almas, recordándole ciertos deberes de los cuales se les habla poco frecuentemente, aunque no sean menos importantes; y la de la sociedad entera, ayudándola a realizar las condiciones de su vida mejor.

¿No es, pues, acaso, enteramente natural que en presencia de la crisis excepcional y trágica en medio de la cual se debaten la mayor parte de las naciones de hoy día, haya pensado yo hacer una obra útil ensayando proyectar sobre este desorden y sobre todas las miserias físicas y morales que ocasiona, las claridades que pueden venir sólo del pensamiento cristiano?

En esta hora en que se juega la suerte de toda una civilización no es posible que el catolicismo no tenga su palabra que decir y que los católicos no tengan un deber que cumplir.

Las tres Encíclicas: *Quadragesimo anno* (15 de mayo de 1931), *Nova impendet* (2 de octubre de 1931) y *Caritate Christi com-*

*pulsi* (3 de mayo de 1932), que el Soberano Pontífice acaba de dirigir, en menos de un año, a todo el mundo católico para hacerle ver este grave problema, no permiten dudar.

Y como, por otra parte, el Soberano Pontífice comprende que ellas no deben quedar letra muerta no es temerario estimar que no me salgo de mi rol si, para hacer llegar hasta las almas un eco de sus enseñanzas, quiero hablar, según él y con él, de la Crisis dolorosa y angustiosa que sacude, hasta conmoverlo, a nuestro mundo de hoy día.

En ciertos medios, sin embargo, no se dejará de objetar que el Papa precisamente se mezcla en lo que no le incumbe.

El grave malestar que sufre el mundo es, ante todo, de orden económico. Son los hombres de negocio o los hombres de Estado, no los hombres de la Iglesia, quienes deben buscar los medios para remediarlo. La Iglesia hace profesión de ayudar a los hombres a conquistar el Reino de los cielos. Que deje, pues, a otros el cuidado de arreglar los reinos de la tierra, y que no se aventure, a riesgo de comprometerse o aún de descarriarse, sobre un terreno que no es el suyo.

Esta "cuestión previa" se plantea demasiado frecuentemente para que no sea útil responder a ella. Es precisamente lo que quisiera hacer ahora.

Me bastará, por otra parte, precisar las razones que tiene la Iglesia para lanzarse en la tormenta, para determinar, con este solo hecho, la naturaleza, los límites y la muy particular eficacia de su intervención.

### I. LAS RAZONES DE LA INTERVENCIÓN DE LA IGLESIA

¿Qué razones tiene para lanzarse en la tormenta?

a) Caridad compasiva.—Ante todo, el de-

seo que tiene, y que no puede dejar de sentir, de llevar, si es posible, algún alivio a la inmensa angustia, a los crueles sufrimientos físicos y morales de las innumerables víctimas de la crisis.

Son, ciertamente, dueños los economistas que discuten, los parlamentarios que discurren o los publicistas que disertan, de no ver, si lo pueden, más que una cuestión de destrucción de valores, de desequilibrio entre la producción y el poder de compra del consumo, de descenso general de la cifra de negocios, de elevación de la tasa de descuento, de estrechamiento del crédito; son dueños de inquietarse sobre todo por las sinuosidades de la línea que marca de mes a mes, sobre sus gráficos, la curva ascendente o descendente del número de los millares de quintales de trigo que se queman en Argentina o en Canadá; los millones de sacos de café que se arrojan al mar en Brasil, los millones de desocupados inscritos en las listas oficiales de cesantía en Inglaterra, en Alemania, en Estados Unidos o en Francia; la Iglesia ve en eso una cosa enteramente distinta.

Por encima de todas las grandes palabras sabias y todos los datos estadísticos, ella ve sobre todo la trágica y desgarradora realidad que enmascaran: multitudes de seres humanos que están en la miseria y que sufren; hogares en que se pregunta con angustia si mañana habrá qué darle a su hambre; millares de representantes, de agentes de negocio, de ingenieros, de jefes de servicio que ganaban honorablemente su vida, que, sin situación desde hace ya meses, sin recursos de cesantía porque no tienen derecho, ven con espanto aproximarse el día en que, agotadas sus últimas economías, ya no les quedará más que envolverse con su mujer y sus hijos en la capa de su miseria para esperar el fin...; una multitud de solicitantes cuyo modo de vestir traiciona la comodidad pasada y la angustia presente, y que se van, de puerta en puerta a lo largo de la jornada, a mendigar una palabra de introducción o de recomendación, mientras poco a poco se desmoronan sus últimas esperanzas, a medida que corre la hora y que sus solicitudes

chocan con las mismas confesiones de impotencia repetidas indefinidamente; ancianos, hombres y mujeres que en otro tiempo han trabajado sin descanso y economizado meticulosamente con qué vivir tranquilos sus últimos días y que repentinamente ven desaparecer sus economías y sus rentas en el abismo abierto por el trastorno generalizado de los valores; niños que lloran en la casa donde el padre y la madre llegan en la tarde, con las manos vacías y el corazón lleno de tristeza o de amargura... Es la crisis, en millones de hogares esparcidos sobre el globo.

Y mientras que de todas partes sube al cielo atormentado el sordo clamor de todas estas desdichas y de todas estas desgarradoras angustias, se querría que el Catolicismo permaneciera indiferente; se querría que la Iglesia asistiese al desastre sin tentar siquiera un gesto de piedad para tratar de socorrer tal miseria y se contentara con mostrar el cielo a aquellos para quienes la tierra hoy día se muestra tan dura!

¡Ah! Pero ¿no se le ha reprochado justamente el desinteresarse de las dificultades en medio de las cuales se debaten los hombres aquí abajo? ¿No se le ha reprochado bastante atribuir tal precio a la vida futura que parecía no atribuir ninguno a la vida presente, y sacar demasiado fácilmente su partido de la miseria terrestre, y permanecer extraña a las preocupaciones temporales de sus miembros y no hacer caso de sus sufrimientos?

Injustificado reproche ciertamente, y contra el cual protesta toda su historia. Pero ¿cómo los que la acusaaban ayer tan injustamente de dureza de corazón y de indiferencia, podrían encontrar hoy inadmisibles que ella se arroje en la tormenta para unir su esfuerzo al esfuerzo de todos los que tratan de arrancarle, a lo menos, algunas de sus muy numerosas víctimas? En cuanto a los que no ignoran completamente su historia, ¿cómo no verían que ella precisamente permanece fiel a su pasado, cuando, bajo "el impulso de la caridad que la apremia", se dirige al mundo entero "para exhortar a los hombres a unirse y a oponerse con todas

sus fuerzas a los males que oprimen a toda la humanidad y a aquellos peores todavía, que la amenazan”?

b) El cuidado de las almas.—Sin contar que, aún si la más elemental caridad no la impulsase ya, el interés de las almas, cuya guarda tiene, le impondría como deber intervenir.

Sin duda estas almas deben buscar ante todo el Reino de Dios. ¿Será necesario todavía que estén de tal modo absorbidas por los cuidados legítimos de la tierra, de tal modo dominadas por la preocupación del pan de cada día, de tal modo angustiadas al contemplar las privaciones y sufrimientos de los que ellas aman, de tal modo aplastadas por el sentimiento de su impotencia, que no les quede ya fuerza ni coraje para entregarse a esta búsqueda de “lo único necesario”?

Ciertamente, almas heroicas, especialmente trabajadas por la gracia, encontrarán siempre, en medio de las tribulaciones más duras y de las preocupaciones más angustiosas, la fuerza para hacer subir hacia el cielo un sublime cántico de resignación, de confianza y de filial abandono. Pero estas almas no serán nunca nada más que excepciones.

¿Y no es de temer que las otras, las que ni la educación ni la gracia han refinado particularmente, no acaben por rebelarse? He aquí millones de hombres que se agotan luchando contra la invasión de la miseria y disputándole los que aman, padres y madres de familia a quienes roe la preocupación del mañana y que se acuestan en la tarde sólo para adormecerse, vencidos por la fatiga, con la certeza, con la pesadilla de que el mismo problema insoluble los espera al despertar. ¿No es de temer que ya no encuentren ni la libertad de espíritu necesaria para darse siquiera un instante de elevación hacia el cielo, ni, sobre todo, la energía necesaria para defenderse en las horas de mayor depresión o de decepción más amarga contra la horrible tentación de desesperación que a veces los asalta?

¡Ah! Si la Iglesia justamente preocupada de su salud quiere al menos, porque de hecho ella pide más que esto, que se les proporcione entiempos normal alguna tregua,

algún ocio, un poco de reposo para sus miembros cansados y de libertad para su alma angustiada; si ella quiere que estos pobres seres humanos puedan desprenderse algo de la arcilla y pensar en la eternidad que viene, no para maldecir el presente que pasa; si ella pide y reclama con instancia para ellos un poco de bienestar, de ayuda y de seguridad material a fin de garantizarles, con una existencia más verdaderamente humana, la posibilidad de una emancipación espiritual más completa, ¿cómo no debería asustarse al ver aumentar sin cesar el número de aquellos a los que la crisis actual arrebató y hace imposible justamente este mínimum de bienestar que Santo Tomás decía que es indispensable en la práctica de la virtud?

Ella sabe muy bien, sin duda, de qué milagros de resignación es capaz la gracia divina; pero ella sabe también de qué abatimientos y de qué desesperación es capaz la pobre debilidad humana. Ella no quiere que la carga llegue a ser muy pesada, y sobretodo por mucho tiempo, para un número demasiado grande, por temor que esta multitud acabe por desesperar y perderse.

¿Quién, pues osaría pretender que ella se ocupa en esto de lo que no la incumbe?

c) El aspecto moral de la crisis.—Por otra parte al lado del peligro que representa para ciertas almas el exceso mismo de sufrimiento y de miseria, ¿no hay también para otras el peligro de que en ellas, a favor de las circunstancias y del ambiente, se debilite y desaparezca el sentido moral mismo?

Entre los hombres que hoy se encuentran envueltos en el remolino de la crisis que luchan desesperadamente para no ser sumergidos, hay, ciertamente, quienes nunca se han desviado de la más estricta honradez y que por nada del mundo consentirían en desviarse.

Pero, ¿cuántos otros, ante las dificultades en medio de las cuales se debaten no tendrán la tentación de recurrir a los procedimientos más o menos discutibles gracias a los cuales un número demasiado grande de audaces llegaban a conquistar ayer la fortuna, y buscan ahora cómo salir de apuros?

En el dominio económico, y por perfecta

que sea la corrección de un gran número de hombres de negocios, es, sin embargo, un hecho que el nivel moral no se levanta. El Soberano Pontífice lo hacía notar: "En algunos ha resultado un endurecimiento de la conciencia tal que consideran buenos todos los medios que les permiten acrecentar sus entradas...; las ganancias tan fáciles que ofrece a todos la anarquía de los mercados atraen hacia las funciones del cambio demasiada gente, cuyo único deseo es realizar beneficios rápidos con un trabajo insignificante, y cuya especulación desenfrenada hace subir y bajar incesantemente todos los precios a medida de su capricho y de su avidez, frustrando con esto las sabias previsiones de la producción. Las instituciones jurídicas destinadas a favorecer la colaboración de los capitales... han llegado a ser, demasiado a menudo, la ocasión de los más reprensibles excesos... etc. "Las voces más profanas hacen eco a la voz del Soberano Pontífice. Véase en la *Revue des Deux Mondes* del 15 de marzo de 1932, p. 289, estas líneas: "No pudiendo cumplir sus compromisos, se los viola y luego se acaba por despreciarlos. El respeto de los contratos, de la palabra dada, tiende a perder este valor absoluto que le dan los moralistas. Se dejan de lado cuando en ello se encuentra algún provecho, aun momentáneo, aun ilusorio. Se falsea el alcance de los compromisos que se han hecho. Se vuelve indefinidamente sobre los reglamentos definitivos. Se difieren los reembolsos.

Los individuos dan el ejemplo a los pueblos, y los pueblos a los individuos. En el origen de esta falta de cumplimiento hay a menudo grandes dificultades y grandes miserias; pero hay también a veces apetitos desenfrenados de goce, estimulados por las fluctuaciones de los precios, por las instabilidades de las fortunas, por las probabilidades y los riesgos, por las grandes ganancias y las grandes pérdidas. En un mundo en que todo flota, en que todo cae, en que todo se restablece para caer de nuevo, se cede más fácilmente a la tentación de coger al vuelo, brutal y ciegamente la ventaja que pasa. Cada uno toma para sí con todas sus fuerzas, y el

más fuerte se lleva los pedazos más grandes, sin ocuparse de los demás."

En efecto, desde la guerra, desde la Crisis, se han multiplicado, día a día, las faltas de cumplimiento individuales y colectivas; y existe el riesgo de que, multiplicándose más, acarreen una torsión generalizada de la conciencia y del sentido moral. Esta torsión sólo puede agravar la Crisis; pero ¿cómo no inquietaría todavía más a la Iglesia, precisamente en vista del cuidado que ella tiene, y que ella no puede dejar de tener, del valor moral y de la vida de las almas? "La mayor parte de los hombres están preocupados casi exclusivamente por los trastornos temporales, los desastres y las calamidades terrestres. Pero, mirando estas cosas como conviene, desde el punto de vista cristiano ¿qué es todo esto comparado a la miseria de las almas? Porque es exacto decir que las condiciones de la vida económica y social son actualmente tales, que un número demasiado considerable de hombres encuentra las más grandes dificultades para realizar la obra, única necesaria, de su salud eterna. Constituido Pastor y guardián de estos innumerables rebaños por el primer Pastor que los ha redimido con su sangre, no podemos detener nuestras miradas sobre su inmensa angustia sin una emoción punzante. Por esto no cesamos de buscar los medios de venir en su ayuda. ¿De qué servirá a los hombres ganar todo el Universo con una explotación más razonable de sus recursos si acaban por perder su alma? ¿De qué servirá inculcarles los seguros principios que deben gobernar su actividad económica, si se dejan desviar por una avaricia sin freno y un egoísmo sórdido; si, "conociendo la ley de Dios obran de manera totalmente opuesta a sus preceptos?" (Encicl. Quadragésimo anno).

¿No es de desear, en consecuencia, que ella se inquiete, aun cuando se persista en ver la Crisis actual sólo desde el punto de vista de las perturbaciones profundas que ella produce en la vida económica de hoy, y de la necesidad que se impone de volver a poner en marcha, lo más pronto posible, la formidable máquina que acaba de detenerse, y de evitar que semejante calamidad se repita?



Porque necesaria, en verdad, ser bastante ciego para no reconocer que, si la situación excepcional creada por la guerra explica en parte de Crisis, ésta ha sido agravada y complicada singularmente por todos los desfallecimientos morales que la han acompañado.

Si es verdad que el estimulante necesario del interés llega a ser nefasto y conduce fatalmente a los peores abusos, los que conducen a su vez a las peores catástrofes, cuando ésta búsqueda legítima de ganancia desgenera en "esta insaciable avidéz de beneficio, dice el Soberano Pontífice, que acaba de acumular en las manos de algunos hombres, con las riquezas más desmesuradas, los destinos mismos del mundo. Siempre que ellos no lleguen a ser las primeras y escandalosas víctimas del mal causado por sus especulaciones y sus audacias desmesuradas" ¿no es indispensable que en las horas en que la catástrofe deja de ser un peligro para llegar a ser una trágica realidad, y este es evidentemente el caso de hoy día, una Voz autorizada venga a recordar al mundo que el equilibrio económico mismo supone el respecto de ciertas leyes morales demasiado olvidadas; y que la vida económica no puede volver a hallar su ritmo normal sin el concurso de ciertas fuerzas de orden espiritual y moral? Este recurso a los valores de orden espiritual y moral ¿no parece tanto más indispensable cuanto que precisamente se acentúa más el carácter colectivo de las actividades económicas, y se agranda el círculo de las colaboraciones que exige; tanto más indispensable cuanto que se complican el mecanicismo y el juego de las energías de toda clase, materiales y espirituales, físicas y morales, de los que ella debe asegurar la coordinación difícil y el orden necesario?

¡Ah! ¿No hemos sufrido demasiado por no haber querido oír esta Voz, cuando en otro tiempo repetía que el orden económico depende de la moral lo mismo, que el orden familiar? ¿No hemos sufrido demasiado por haber querido tener por quimeras las realidades del orden espiritual y moral; por ha-

ber pretendido hacer de la riqueza material, de la prosperidad temporal, el único objeto de todos los esfuerzos; por haber destrozado todos los fundamentos eternos de la Justicia, del Derecho, del Bien común, aún cuando se tratase de conservar los nombres? Se ha continuado invocando estas grandes nociones, cuando podían servir intereses particulares; se ha negado sin vergüenza de ellas cuando podían incomodar. ¿No vemos hoy donde nos ha conducido esta concepción totalmente utilitaria del Derecho y esta concepción totalmente materialista de la prosperidad? ¿Y no era de desear, en verdad, que se elevase una vez más la voz del Soberano Pontífice, con el fin de recordar a nuestra civilización, que se muere por haberla olvidado, el verdadero fin a que debe tender, y las vías que debe volver a hallar si no quiere perderse para siempre?

En consecuencia, se comprende que Pío XI, en su Encíclica sobre la Restauración del Orden social, haya reivindicado solemnemente, de igual modo como lo había hecho antes ya, León XIII, el "derecho de pronunciarse con soberana autoridad sobre estos problemas sociales y económicos. . . . Porque, si es verdad que la ciencia económica y la disciplina de las costumbres, en su esfera, dependen cada una de principios propios, se cometería un error al afirmar que el orden moral y el orden económico están tan elejados uno de otro, que el primero no depende en modo alguno del segundo. Sin duda, las leyes económicas, fundadas en la naturaleza de las cosas y en las aptitudes del alma y del cuerpo humano, nos hacen conocer qué fines, en este orden, puede proponerse la actividad humana y qué medios le permitirán realizarlos. . . . pero únicamente la ley moral nos manda seguir, en los diferentes dominios entre los cuales se reparte nuestra actividad, los fines particulares que nosotros los vemos impuestos por la naturaleza misma o más bien por Dios. . . . y de subordinarlos al fin supremo. . . ."

(Continuará)

## De todo el mundo

### "LA HUMANIDAD NECESITA PRACTICAR UNA RELIGION" DIJO EL PRESIDENTE ROOSEVELT EN UN CONGRESO CATÓLICO

En los últimos días de octubre se celebró en Washington una de las más grandes asambleas católicas de ese país tan habituado a todo lo enorme y original. Se reunían en Conferencia anual los "Trabajadores de la Caridad", o sea los representantes de todos los organismos que dentro de la Iglesia Católica y bajo la tuición de su Episcopado trabajan en cualquiera forma para cumplir prácticamente la ley de amor que Jesucristo trajo a la tierra e impuso a los que le siguen como una marca o distintivo esencial.

Miles de seglares de todas las condiciones sociales, más de cuarenta miembros de la jerarquía eclesiástica, el Delegado Apostólico, Monseñor Cicognani, concurren a este verdadero Congreso de la caridad cristiana invitados por el ilustre Arzobispo de Nueva York Su Excelencia el Cardenal Patricio Hayes.

Se discutieron todas las cuestiones teóricas y prácticas relacionadas con las obras de misericordia en que tan fecunda y tan ingeniosa se muestra en todas partes la Iglesia Católica y que, en manos de los católicos de los Estados Unidos, llega a fantásticos resultados de generosidad y de inteligente previsión de todas las necesidades sociales e individuales.

Las materias fueron divididas en siete grandes grupos: Familia, Salud de los Niños, Conducta Moral de los Niños, Cuidados Protectores, Problemas Económicos y Sociales, Actividades de Barrio, y la Sociedad de San Vicente de Paul con sus Directorios Diocesanos, Conferencias de Religiosos y Apostolado del Mar.

Entre los oradores mejor conocidos entre nosotros podemos citar a Mr. Alfred E. Smith antiguo Gobernador del Estado de Nueva York y candidato a la Presidencia de la República, que habló sobre "Orientaciones para el Bienestar Social" y el célebre padre Kirby, de la Universidad Católica, cuyo trabajo sobre "El espíritu de Federico Ozanam", causó mucha impresión en los oyentes. Es sabido que Ozanam es popularísimo en los Estados Unidos, y de ese país partió la primera petición hecha al Santo Padre para que se admita la causa de beatificación del fundador de las Conferencias de San Vicente de Paul, el gran profesor de la Sorbona e ilustre crítico.

Pero a todo esto puso una coronación de mucha resonancia el discurso que el Presidente de los Estados Unidos, Mr. Franklin Délano Roosevelt, especialmente invitado, dijo en la última reunión de la Conferencia de los Trabajadores de la Caridad que terminó con un banquete.

Mr. Roosevelt no es católico, pero es un cristiano y repudia con energía el ateísmo. Su discurso, tan enérgico y explícito como todo lo que habla o escribe el Presidente, fué en realidad un ataque al ateísmo y una afirmación de las necesidades de la religión. Se refirió especialmente a los países en que se priva a los ciudadanos en cualquiera forma de su derecho de practicar la religión, de rendir culto a Dios y mostrar sus sentimientos en ese orden de la conciencia.

"Los que en otros países, dijo Roosevelt, esto lo digo como una advertencia,

privan a los hombres por medio de decretos o leyes de su derecho de creer en Dios y de practicar esta creencia, tendrán que reconocer tarde o temprano que no se puede impunemente violar un derecho inherente a la humanidad, esencial e indiscutible como es la práctica de la religión, que constituye una necesidad para la humanidad mundial. Todos los siglos han demostrado que esta práctica de la religión tiende a un progreso esencial y verdadero”.

Las palabras del Presidente fueron recibidas con aclamaciones estruendosas.

Por su parte, el Delegado Apostólico, Monseñor Cicognani, dijo que los Estados Unidos han dado y están dando un ejemplo magnífico y luminoso de Acción Católica en la multiplicidad de sus actividades caritativas. Estas actividades son vastísimas, ocupan a miles de hombres y mujeres jóvenes entre los seglares, viven en estrecha unión con la jerarquía eclesiástica y están prontos para extender el reino de Dios en el hogar, la ciudad y la nación.

El senador Robert F. Wagner, dijo que “así como la cooperación es la base fundamental dada por Roosevelt a la reconstrucción económica, así la caridad debe ser la base de la regeneración moral. La primera es cuantitativa, la segunda cualitativa. Pero el programa fracasará si los Estados Unidos no poseen las dos. La nación sufre causas económicas y morales”.

Estas ideas fueron reforzadas por Monseñor Ryan que dijo que “la NIRA o ley de reconstrucción nacional está enseñando al hombre en una forma práctica que la Economía debe estar sujeta a la Etica y que las actividades industriales deben gobernarse por leyes morales”.

## CHINA

El Colegio de La Salle, que acaba de ser abierto en Cawlon, Hong Kong, ha sido calificado por un diario no católico como “el más extenso y comprensivo colegio hasta ahora erigido en la colonia”. El colegio tiene capacidad para unos 800 estudiantes; pero los Hermanos cristianos que están a su cargo han decidido limitar su número a 500 durante el primer año. Han recibido más de mil solicitudes para las 500 plazas. Al mismo tiempo su colegio más antiguo de San José, con capacidad para 700 jóvenes está siendo ensanchado para corresponder a las solicitudes.

Los Hermanos que están a cargo de ambos colegios tienen su casa matriz en Lembecq-les-Hals, Bélgica.

## JAPON

Su Majestad el Emperador Hirohito, en el aniversario de la muerte de su padre, ordenó hacer donaciones caritativas a diversas instituciones del Imperio, tocándole 3.000 yens al Orfelinato dirigido por las Hermanas Dominicanas españolas de Takao, en la isla de Formosa. Por un telegrama enviado desde el Palacio Imperial invitó a la Superiora del Orfelinato a trasladarse a Tokio para recibir personalmente la donación; pero, a causa de la larga distancia y la falta de tiempo, ella no pudo emprender el viaje. Entonces el Gobernador de Formosa fué personalmente al Orfelinato llevando junto con los 3.000 yens o sea 1500 libras esterlinas, el rescripto imperial que autoriza la donación.

## ESTADOS UNIDOS

Mr. Harrys Stevenson, que viene a ser como el director general de Enseñanza, en los Estados Unidos, después de una visita de inspección en los centros docentes que tienen los Jesuítas en aquella República, manifiesta su impresión en éstos términos: "Toda alabanza es pequeña. Centros magníficos, desde el punto de vista moral, intelectual y material. Los Jesuítas realizan una obra formidable de cultura, de educación y de progreso científico, que jamás olvidará nuestro país. Están formando una brillante juventud, en la que los hombres de responsabilidad, que sienten la preocupación del destino futuro de la patria, ponen su más halagüeñas esperanzas".

## EL CONGRESO CATOLICO DE VIENA

Hay ciudades que juegan en la historia de la cristiandad un papel relevante. Dios las ha confiado una misión especial y las ha rodeada de circunstancias que las hacen capaces de realizarla. Pero, al mismo tiempo, son blanco predilecto a donde dirige en todo tiempo amenazante y destructor el poder de las tinieblas. Una de estas ciudades es la capital de Austria.

Viena, la ciudad cosmopolita y centro de Europa por su posición geográfica, por su arte y su cultura; Viena, salvadora en otro tiempo de la civilización cristiana, dique infranqueable donde se aniquilaba el furor del infiel; Viena la Roja, como la apostrofaban poco há con desdeñoso y sangriento sarcasmo los revolucionarios rojos al apoderarse de la ciudad y hacer de ella su fortaleza inexpugnable, ha sentido estos días una conmoción violenta, capaz de sacarla de su letargo y de recordarle la misión de su historia. Nos referimos a las brillantes y apoteósicas jornadas llevadas a cabo por los católicos, del 7 al 12 de septiembre último en la capital del Danubio. La fortaleza marxista se vió en posesión de los negros, como reconocían aquéllos, sin poder disimular su extrañeza y su rabia.

Este Congreso o Día de los católicos — por lo demás, uno de tantos como anualmente organizan los católicos alemanes — se celebraba encuadrado en el marco de un centenario histórico, trascendental para Viena y todo el Occidente cristiano: la liberación de Viena y de la cristiandad del poder musulmán. Estas fiestas centenarias aparecían revestidas de un simbolismo atrayente. No sólo celebraban las glorias pasadas, querían además insinuar las glorias del porvenir. La Viena de hoy, cercada por el bolchevismo, festejaba a la Viena de hace 250 años que, en un arranque heroico prestado por la fe y el patriotismo, puso en salvo su libertad y la cultura cristiana de la Media Luna. Y la Viena de hoy, renovando la conciencia de su misión providencial, daba en otro esfuerzo supremo un paso decisivo para librarse de las cadenas del bolchevismo rojo, y se lanzaba hacia la renovación en Cristo y la construcción de un nuevo Estado modelo, calcado en las sapientísimas normas de la *Quadragessimo anno*. El Congreso ha puesto en movimiento a la populosa ciudad; hasta el último distrito se ha visto contagiado de la ola de entusiasmo que por ella ha corrido; unos 200.000 forasteros han venido atraídos por su invitación, y con sus grandiosas e imponentes manifestaciones ha dado la Viena católica pruebas patentes de vitalidad y fuerza incontrastable.

Imposible dar cuenta en una corta reseña de todos los actos del magnífico Congreso. Nos limitaremos a los principales y a dar una idea de conjunto del mismo.

\* \* \*

Son las seis de la tarde del 7 de septiembre. El sol acaba de dar su adiós cotidiano a la llanura en que se asienta la ciudad. Una tarde de otoño, de cielo sereno, fresca y tranquila se extendía sobre esta ciudad como augurio de un tiempo espléndido para los días venideros. La histórica y colosal campana, fundida con el bronce abandonado por Kará Mustafá en el campo de batalla, da la voz de alerta desde lo alto de la afiligranada torre de San Esteban, y pone en movimiento centenares de campanas en toda la ciudad. Es la hora en que los fieles se reúnen en la Catedral para invocar el influjo del Espíritu Santo, y el momento crítico en que el Sumo Pontífice envía un Legado que lo represente y lleve sus bendiciones. Fué esta una delicadeza del Padre Santo, que bien supieron agradecer los católicos austríacos.

El recibimiento entusiasta y jubiloso que éstos y los demás congresistas le dispensaron al día siguiente, puso de relieve la lealtad y amor filial de este pueblo al Vicario de Cristo. La gran plaza de la Opera estaba atestada de gente. Todo Viena había escuchado las palabras del Cardenal y seguido fielmente sus instrucciones. Sobre casi todos los edificios ondeaban al viento innumerables banderas, con los colores nacionales y pontificios. Una ovación estruendosa y delirante acogió la llegada del Legado, quien fué saludado por todas las autoridades eclesiásticas y civiles. Fué luego conducido bajo palio a la Catedral, constituyendo su paso por las calles un verdadero paseo triunfal. A ambos lados de la espaciosa calle se agolpaban millares de personas para ver al representante del Papa y recibir su bendición. Las organizaciones católicas de jóvenes cubrían toda la carrera dando vivas frenéticos al Cardenal Legado. Tras una corta función en la Catedral, dió el Legado la bendición y se dirigió al palacio de la Nunciatura. A la salida se renovaron los aplausos y vivas con crecido entusiasmo.

Unas horas más tarde tenía lugar la apertura solemne y oficial del Congreso. Bajo un cielo sereno y estrellado, más de cien mil personas llenaba la colosal plaza de San Carlos. Todas las miradas y todos los corazones estaban clavados en un punto fascinador. Delante de la monumental fachada de la iglesia de San Carlos y como suspendida entre sus gigantescas columnas, semejante a una aparición milagrosa, aparecía radiante una enorme cruz de luz, que difundía sus rayos sobre toda la multitud.

¡La Cruz! He ahí resumida íntegramente la sesión de apertura. Todo aquel conjunto de pequeños discursos, cantos y saludos, no fueron más que un homenaje entusiasta y fervoroso a la cruz. Por delante del micrófono van pasando los representantes de los distintos países alemanes a la vez que saludan la enseña sacrosanta, ponen de manifiesto que el mejor aglutinante de los pueblos es la cruz de Cristo. Al calor de sus rayos escucha la multitud, reverente y devota, las palabras que el Papa, en un Breve especial, les dirige, y recibe de rodillas la bendición que, por medio

de su Legado, les otorga. Son las nueve de la noche y el acto parece ya terminado. Pero antes de dispersarse la muchedumbre, suena de nuevo en los altavoces la voz paternal del Cardenal de Viena. Y aquella gran familia de cien mil almas, reunida en el centro de la populosa ciudad, repite como un sólo hombre, a la luz de la luz de Cristo, las oraciones de la noche que su Padre dirige desde el micrófono. El *Angeluz* tradicional y una oración corta y sencilla, por sentida, quedan flotando en los aires, mientras a los acordes del Himno pontificio empieza a desfilar la muchedumbre. El Congreso quedaba inaugurado con la señal de la cruz.

En tres grandes grupos se pueden reunir los actos del Congreso: sesiones particulares, donde las diversas Asociaciones católicas tratan de sus intereses particulares; sesiones generales, destinadas para todos los congresistas; y finalmente, las grandes fiestas religiosas.

\* \* \*

En las sesiones particulares es donde se consultan los haberes y bajas, triunfos y defectos, todo lo plausible y todo lo reformable en la marcha de las respectivas secciones católicas. Al calor de esas charlas familiares se comunican los socios nuevos ideales, surgen nuevas al par que felices iniciativas, y se infunde nueva vida y vigor a la organización. Nada más encantador y confortante, para el congresista extranjero que acudía al Congreso como observador, que el panorama amplio y exuberante que ofrecía a sus miradas el número incontable de Asociaciones y actividades distintas organizadas en católico: Juventud femenina católica, Congregantes marianos, Asociación de Madres católicas, Liga de campesinos católicos, Universitarios católicos, Industriales católicos, Juventud obrera católica (*Gesellenverein*), Gimnastas católicos, Exploradores católicos, Liga de soldados católicos, Esperantistas católicos... Todos tenían sus intereses especiales y todos celebraron sesiones muy animadas e interesantes.

Digna de especial atención por su concurrencia extraordinaria y trascendental importancia, fué la reunión de los campesinos celebrada el día 8 por la mañana: 40.000 hombres de recio temple y robusta musculatura recorrieron jubilosos las calles más céntricas y se dirigían al Estadio. Auras sanas y refrigerantes, venidas desde los Alpes y valles más lejanos, parecían recorrer la ciudad adormecida en el materialismo de la civilización moderna, para comunicarle algo de la robustez y tenacidad de la fe de los campesinos. El pueblo de la aldea, quebrantado como ninguno por la crisis actual, desfilaba ante los ojos de los ciudadanos pidiendo comprensión para sus problemas, y ofrecían sus energías inquebrantables para llevar a cabo una renovación nacional. Una renovación — como les dijo el Canciller Dr. Dollfus — no meramente formulista, estereotipada en leyes que queden sin cumplir, sino una renovación de verdad, llevada a cabo mediante la educación del pueblo en un sentido netamente cristiano.

Una vez en el Estadio dió comienzo el acto con una Misa de campaña. La fe y el sentimiento religioso era, en frase del Canciller, el lazo indisoluble de la Liga de campesinos. Y era verdad. Acabada la Misa, la voz acerada y potente del Canciller, impregnada de los más puros sentimientos católicos, hizo vibrar de entusiasmo aquella multitud de sentimientos aus-

teros, que acogía todas sus frases con ovaciones frenéticas. "Somos — les dijo el hijo de un campesino que por sus méritos personales ha ascendido a la Cancillería de la nación — somos, según los principios de nuestra fe, fieles administradores nada más de los bienes de la tierra, y es preciso que enderecemos nuestra vida hacia arriba. Es menester que el campesino, con una energía medioeval, dé la batalla decisiva al materialismo fracasado y se apreste para reconstruir de nuevo aquella vida de íntima compenetración y armonía entre la fe, el trabajo y las costumbres populares. Entonces volverá la felicidad a los caseríos".

También el Cardenal Innitzer tuvo palabras de aliento para la asamblea: "No olvidéis nunca lo que os hace sanos y fuertes y una de las clases más importantes de la sociedad; no olvidéis nunca vuestro sentido cristiano, el aferramiento tenaz a la fe de vuestros padres".

Otra reunión tan numerosa como la anterior, aunque de muy distinto carácter, fué la celebrada ese mismo día en la plaza de San Carlos. El aspecto que ésta ofrecía era verdaderamente encantador. Más de 50.000 niños, con uniformes de infinitos colores, llenaban la plaza, formados en bien organizados escuadrones y agitaban nerviosamente sus banderitas. Aquel ejercicio infantil quería imitar las proezas de los mayores y emular su entusiasmo. Los niños no podían quedar sin rendir su homenaje a la cruz. Y se lo rindieron entusiasta y conmovedor. Enardecidos por la palabra de Mr. Morzinger, el gran organizador de la Cruzada de niños en Viena, que ha puesto ante sus ojos la imagen sonriente del Jesús amigo de los niños, prorrumpen todos con sus voces angelicales en una solemne y reiterada promesa ante la cruz: "Fieles hasta la muerte", repiten una y otra vez con acento de niño y decisión de varón.

Las palabras del Maestro han hallado eco sobre la tierra. Aquella multitud de millares de niños, vitoreando a Cristo Rey con entusiasmo indescriptible, aparecía ante los ojos del congresista como una visión consoladora del porvenir y una garantía infalible para el catolicismo de Austria. Cosa extraña y peregrina! En Viena, cuyas escuelas oficiales, regidas por los socialistas, son un acabado modelo de laicismo, surge impetuoso e irresistible entre los niños un entusiasmo tal por la Iglesia y el catolicismo y la piedad, que ya los directores hablan entusiasmados de encauzar el **movimiento** de los niños por la fe y sus ansias espontáneas de apostolado.

No podía faltar en aquellos momentos la palabra del Legado del Papa. En presencia de aquella multitud juvenil, sintió el Cardenal Lafontaine la representación que sobre él pesaba, y con voz entrecortada por la emoción, les transmitió la bendición del Sumo Pontífice.

\* \* \*

Las asambleas generales tenían lugar en el Estadio. Unas 40.000 personas acudían allí todas las tardes a escuchar los discursos de eminentes personalidades católicas. "Cristo y el Occidente", era el tema general de las asambleas. Distinguidos profesores de Universidad y apologetas católicos desarrollaron los diversos aspectos del tema. Sólidos y profundos fueron los discursos del joven profesor de la Universidad, Dr. Verdröss, y del ministro de I. P., Dr. Schuschnigg; los PP. Bichelmir,

S. J., y Schmitt, S. V. D., se distinguieron por la nota de actualidad que supieron imprimir a sus discursos, interrumpidos por frecuentes aplausos y manifestaciones de aprobación. En elocuentes y encendidos párrafos puso de relieve el abad, Dr. Reetz, ante los ojos de los oyentes, las fuentes de la vitalidad perenne de la Iglesia.

Al resultado magnífico contribuyó de una manera insuperable la participación activa de los seglares. La palabra de un sacerdote siempre es escuchada con veneración y fidelidad. Pero la palabra y las ideas cristianas que brotan de los labios entusiasmados de un seglar, penetran muy hondo en el ánimo del pueblo y ejercen sobre él un influjo irresistible.

Uno de esos discursos totalmente inspirado en los sentimientos católicos, digno por otra parte de un hombre que se siente responsable de su misión y que aspira a la renovación de su pueblo sobre la base de un cristianismo genuino, fué el del Canciller, Dr. Dollfus, en la primera asamblea. Esta vez, como siempre, es acogida su presencia en la tribuna con un júbilo delirante. Su voz penetrante suena conmovida ante el micrófono y sus primeras palabras son para agradecer la paternal delicadeza del Santo Padre que ha querido tomar parte en aquellas fiestas por medio de su Legado. Y luego, con decisión y energía, en párrafos subrayados frecuentemente por el auditorio con estruendosos aplausos, manifiesta ante sus oyentes y el mundo entero que le escucha por radio, su propósito y voluntad decidida de realizar las normas pontificias en la construcción de un nuevo Estado con un nuevo orden social.

“Es preciso poner en práctica, en la educación y en toda la vida del pueblo, los principios católicos. Es de capital trascendencia para el Estado que la juventud aprenda a dirigir sus ojos al cielo y se persuada de la misión sobrenatural del hombre sobre la tierra; que sepa qué es lo que debe hacer y qué es lo que debe omitir; que los jóvenes estén imbuídos de aquellos principios fundamentales: “Ama a tu prójimo como a ti mismo”, etc.; que los niños sean educados, no con una hueca fraseología de humanidad, sino según los principios cristianos, para que lleguen a ser hombres de carácter, conscientes de su responsabilidad. Nosotros queremos construir un Estado cristiano en nuestra Patria. Para ello, nos basta atenernos a las normas dadas por el Papa en sus últimas encíclicas; ellas son las sociales que nos orientan en el camino que hemos de recorrer para la construcción de la nación. Introduciremos como fundamento de la vida constitucional la representación corporativa según el espíritu de la *Quadragesimo anno*. Y alimentamos la ambiciosa aspiración de que esta nación tan pequeña tenga la honra de ser la primera que realice las normas de tan magnífica encíclica: “Queremos restaurar Austria en Cristo”.

Estas sus últimas palabras, pronunciadas en italiano, fueron seguidas de una imponente ovación que duró algunos minutos. Al día siguiente un telegrama del Vaticano traía la felicitación y agradecimiento del Papa al Canciller.

Otro tanto podría decirse del discurso del Presidente de la República, Sr. Miklas, entusiasta homenaje de gratitud y fidelidad al Romano Pontífice, en el que colocó a su nación bajo el patrocinio del Nombre de María. Fué su discurso digna coronación de las reuniones del Estadio.



En cuanto a las manifestaciones religiosas, ellas no podían faltar en un Congreso católico. Su eficacia y resultados prácticos dependían en gran parte de la oración. Y a ella acudieron los congresistas con fe y entusiasmo. La multitud extraordinaria de actos religiosos diseminados por todos los días del Congreso y celebrados en todas las iglesias con una espléndida concurrencia, constituían la más segura garantía del feliz éxito del mismo. Dos, sobre todo, sobresalen por sus proporciones y grandiosidad. La procesión eucarística de los hombres y la Misa de campaña en Schonbrunn. Ambas manifestaciones, con toda su majestad, quedaron grabadas en la memoria de los que las vieron, de una manera imborrable.

Era el primer día del Congreso por la noche. Las calles de la ciudad son un hormigueo de gente que camina, abriéndose paso con dificultad, a la luz fosforescente de sus caprichosos reclamos. La gran avenida del Ring y la espaciosa calle que une aquél con San Esteban, aparecen ya, una hora antes, como un surco dilatado abierto entre dos murallas de hombres, difícilmente contenidos en los límites de la acera. Un piquete de heraldos a caballo, con símbolos alegóricos de la Eucaristía, y un grupo de trompeteros abren paso a la procesión. Vienen a continuación un grupo numeroso de tiroleeses llevando la histórica cruz, testigo de su victoria contra Napoleón en defensa de su Independencia; Asociaciones de jóvenes católicos, milicias patrióticas, estudiantes, columnas interminables de hombres, presididos por el Presidente de la República y el Gobierno. Veinte mil hombres dicitidos desfilan con antorchas en la mano acompañando al Santísimo. Aquellas calles tantas veces recorridas por manifestaciones de grandes masas con gritos de odio fratricida, se sienten estremecer al paso de aquel río de luz, caudaloso y potente, que se desliza arrollador, levantando a su paso un murmullo de oraciones y plegarias.

Un silencio imponente reina entre los espectadores, silencio que se trueca en veneración devota y unánime al paso del Santísimo Sacramento. El momento no pudo ser más emocionante. Quizás entre el público abundaban no católicos o católicos tibios, atraídos por la curiosidad nada más. Yo no sé si habría alguno que asistiese con ánimo de reírse una vez más de las cosas de los negros. Lo cierto es que no se oyó una voz irrespetuosa, ni un gesto irreverente. El acto era sencillamente imponente y capaz de helar en los labios la sonrisa más volteriana y trocarla e nademán de adoración. La gente de los cafés se abalanzaba sobre el escaparate y permanecía inmóvil con la frente pegada al cristal, contemplando durante una hora larga el desfile de los adoradores de Cristo Rey. Era como un acto sublime de reparación de la Viena católica por el pasado, y un juramento solemne de fidelidad para el porvenir. Esta brillante jornada terminó con la bendición del Santísimo, dada en el corazón mismo de Viena...

Trescientas mil personas, según los cálculos más aproximados, llenaban los amplios jardines del antiguo palacio de los Habsburgos, bajo un cielo espléndido y apacible. Sobre un gran balcón de piedra que da acceso al piso primero del palacio imperial, se alzaba, de cara al público, la mesa del altar. El Cardenal Legado dijo una Misa pontifical. Aquella muchedumbre inmensa, diseminada en varios kilómetros, contestaba como un solo hombre a todas las oraciones de la Misa que desde el micrófono dirigía un sacerdote. Los voces de aquel coro inmenso se elevaban al cielo senci-

ilas y conmovedoras. Eran las voces de todo un pueblo que se dirigen a Dios invocándole como Padre; que pronuncian a una, como la fórmula de un juramento, todos los dogmas de sus creencias, que prorrumpen en un ardoroso Te Deum, glorificando la mano que a diario los bendice. Aquel acto sublime tenía la sencillez y unción de las catacumbas y superaba la magnificencia y grandiosidad de los triunfos constantinianos.

El informador omitiría un dato de trascendental importancia, si pasara por alto la gran fiesta de la juventud celebrada en el Estadio. Su recuerdo quedó cincelado en la memoria de los asistentes al acto con rasgos imborrables e inconfundibles. Era el comentario unánime en los viajes de regreso y el primer relato que salía de los labios del congresista al pisar su domicilio.

Las amplias graderías del Estadio, con sus 60.000 asientos, se hallan completamente repletas. Momentos antes de comenzar el acto, aun los tránsitos de paso, quedan invadidos por la muchedumbre. Un cielo limpio y apacible parece contemplar sonriente la fiesta del anfiteatro.

En un óvalo del Estadio se alza una extensa tribuna con un sencillo altar presidido por una imponente cruz. Es el altar donde se celebró la Misa para los campesinos el día anterior. Centenares de jóvenes abanderados recorren la arena y van a izar sus banderas en lo más alto del Estadio. Allí ondean victoriosas al viento como pregoneros de una conquista. Y en efecto, los jóvenes habían conquistado y ganado a los 60.000 espectadores que, durante tres horas, tienen puestos en ellos los ojos y el corazón.

"¡San Miguel, guíanos!" Tal era el título de aquella representación, uno de esos **Sprechchor** modernos, que penetran tan hondo en los sentimientos del alma germana, admirablemente interpretado por 10.000 jóvenes sobre el verde circular del Estadio. El glorioso patrón de Austria hace su entrada acompañado de una docena de heraldos a caballo, que lo anuncian con sus trompetas. Sube las gradas de la tribuna y se coloca en lo más alto de ella, blandiendo su espada gloriosa. Ante él va apareciendo sucesivamente el pueblo austríaco, dividido y desgarrado por calamidades. Campesinos, obreros, estudiantes, seminaristas, obreras del taller y de la oficina, van desfilando en presencia de San Miguel, exponiéndole sus quejas, sus miserias, sus temores. Para todos tiene el Arcángel un buen consejo, una palabra de aliento; y a todos los une con el vínculo de la fe y caridad cristiana: "¡Unión y entereza!" Es la divisa que les impone.

Dos mil gimnastas entretienen en los entreactos al público con una breve exhibición de sus ejercicios. Otros 2.000 exploradores desarrollan en pocos minutos con una expedición estupenda todo el programa de un día de excursión. También el Cardenal Legado aprovecha un intervalo para saludar conmovido en nombre de Su Santidad a aquella juventud lozana que tan bien sabe aunar el **sport** con la piedad. Aquel **mens sana in corpore sano** tantas veces repetido, dejaba de ser un tópico para convertirse en realidad viviente.

La representación está ya para terminar. Ligeras tinieblas empiezan a extenderse como oscuro manto sobre el Estadio. A pesar de las tres horas pasadas y la temperatura fresca que ya se hace sentir, nadie se mueve hasta contemplar el final. La arena semeja un caprichoso jardín, cuyos

macizos policromados están formados por grandes hileras de jóvenes que lucen diversos uniformes y distintivos. Una gran cruz de amplios brazos queda dibujada sobre el césped que dejan libre las falanges juveniles. San Miguel se retira de la tribuna, que ha quedado nuevamente convertida en altar. Por la puerta Sur, que está frente por frente del altar, penetran 400 sacerdotes de roquete con antorchas encendidas, acompañando al Santísimo. La multitud que llena el anfiteatro cae de rodillas. En todo el Estadio reina un silencio profundo. No se percibe ni un soplo de viento. Una vez expuesto el Santísimo en el altar, vuélvese el Cardenal de Viena hacia aquel ejército de jóvenes. Es la hora solemne de la consagración, la hora del juramento. El Cardenal les pregunta: "¿Queréis permanecer fieles a la fe católica y colaborar a la salvación de vuestra patria?" Y una voz poderosa, seca, decidida, salida de miles de pechos juveniles retemblaba en el espacio como un estallido: "¡Queremos!" "¿Estáis dispuestos a llevar una vida moralmente limpia según la doctrina cristiana? ¿Estáis dispuestos a sacrificaros por el pueblo con prontitud y alegría?" Y una y otra vez repetían unánimes y conscientes de su responsabilidad en presencia de Cristo Sacramentado: "¡Sí, queremos, queremos!..." Y la blanca hostia, sostenida por el Cardenal, trazó en los aires una cruz sobre toda la multitud. Dios mismo había aceptado y bendecido sus votos...

Lo que comenzó siendo juego terminó en oración. Con ese sublime final terminó aquella memorable jornada de la juventud, verdadero alarde de organización y derroche de entusiasmo.

\* \* \*

Las grandes manifestaciones católicas han pasado. Pero en los ánimos de los vieneses queda una huella indeleble. Difícil es apreciar en concreto los frutos que brotaron al calor de este Congreso. Lo cierto es que la sacudida religiosa por él producida en la población de Viena ha comenzado ya a dar resultados excelentes. Son muchos los hombres que, después de esas fiestas, vuelven como hijos pródigos a visitar los confesionarios y templos olvidados.

Ya en Junio — a raíz de la supresión gubernativa de la Liga de Librepensadores — se inició un movimiento sensible de acercamiento a la Iglesia. En las semanas siguientes nada más, ascendía a 2.000 el número de los que volvían al seno de la Iglesia, después de unos años de apostasía. Ese movimiento consolador continúa ahora acrecentado notablemente gracias a la influencia poderosa del Congreso. Este ha sido considerado por alguien como el despertar de un pueblo. Y no sin razón. Quiera Dios que, después de tantos años de quebrantos sucesivos materiales y espirituales, renazca la noble Austria a una nueva era de floreciente catolicismo, de paz y prosperidad.

Ricardo Salas Edwards

## El futuro Reino de Cristo

### Según el Nuevo Testamento las directivas Pontificias contemporáneas

Si queremos proyectar alguna luz sobre el porvenir espiritual de la humanidad en este mundo, es necesario que, después de recordar los clarísimos anuncios de los antiguos profetas, como lo hemos hecho en un anterior estudio, conozcamos también las voces indicadoras del cielo, desde el Nacimiento de Cristo hasta hoy y lo que El mismo dijo del porvenir de su divina misión.

El Antiguo Testamento nos revela como el pueblo judío esperaba con ansiedad de siglos a un Mesías que debía efectuar la regeneración espiritual de toda la humanidad, impulsando el triunfo mismo de Israel sobre la tierra.

Pero cuando la época del Mesías se aproximaba, aquel pueblo escogido, mirando con velados ojos las profecías, no se sentía inclinado a ver que estas señalaban como necesario camino para el triunfo de ese reino precisamente las humillaciones y sufrimientos redentores de su prometido Rey. El letargo espiritual en que los israelitas vivían, el orgullo de sus maestros y el anhelo por sacudirse del yugo extranjero que los dominaba, hicieron que ellos no miraran en el texto de los profetas sino el insistente anuncio que se hacía de un real y poderoso dominador de todas las naciones que abatiría para siempre a los enemigos de Jehová.

#### Como le caracterizan las voces celestiales

Y llegó el esperado Mesías a la patria del pueblo escogido anunciado efectivamente como verdadero rey.

“Será grande como Hijo del Altísimo, dijo el ángel a la Virgen de Nazareth, el Señor Dios le dará el trono de su padre David... y su reino no tendrá fin”.

María, llevándolo en su seno, contó al que había de abatir los intentos del corazón de los malvados y derribar con la fuerza de

su brazo el seño de los poderosos. El padre del Bautista le anuncia como el que ha de enderezar los caminos de la paz. El anciano Simeón, le llama la gloria de Israel y los Magos del oriente llegan a Palestina, declarando sin ambages, al viejo Herodes que por inspiración del cielo vienen a buscar para adorarle, al Rey de los Judíos que acaba de nacer.

Ningún nuevo signo extraordinario pareció marcar ostensiblemente su camino durante una generación. En los designios eternos, no ha entrado jamás el propósito de violentar la marcha de los tiempos.

Corridos treinta años de tranquila y ejemplar vida doméstica, aquel divino y real, Mesías salió un día a las playas del lago Genesareth, a predicar, con humilde dignidad, un reino extraño que había que conquistar, a fuerza de servir abnegadamente al prójimo y de negarse a si mismo y concluyó aquel Rey, su breve apostolado de amor en que había demostrado ser el dueño de la vida, anunciando a sus discípulos, su propia y voluntaria muerte como medio divino de redención para todos los hombres que debía subyugar; no era por cierto lo que el ofuscado Israel esperaba, pero eso era lo que estaba predicho y lo que los judíos no supieron comprender.

#### Lo que dijo Nuestro Señor

Antes de ser conducido por ellos al patíbulo por la pretendida blasfemia de llamarse Hijo de Dios, quiso, sin embargo, dejar justificada la profética aclamación del Divino Rey del Universo, que le habían dado al nacer las voces del cielo y acentuar la idea de que para prepararse un reino espiritual, en el mundo había venido precisamente a la tierra.

Interrogado por el inquieto representante

de Roma, que iba a soncionar su muerte acerca del carácter de "Rey de los Judíos" que algunos le atribuían, respondió tranquilizándole: "Si de este mundo fuera mi reino, mis vasallos me habrían defendido... pero ahora (nunc utem) mi reino no es acá" "Luego tú eres Rey", insistió Pilatos. "Así es cómo tu dices, replicó Jesús. Yo soy Rey, y para esto nací y para esto vine al mundo, para dar testimonio de la verdad", acentuando con ello el carácter espiritual de su reino que no era de este mundo por ahora, adverbio que figura casi iniversalmente en las traducciones a las lenguas modernas de los originales latino o griego y al cual dan importancia excepcional los teólogos que defienden el futuro milenarismo espiritual.

Condenado Cristo, escribió el Gobernador romano, ante la impresión de esas respuestas, en los tres grandes idiomas de aquella época, el rótulo que debía clorarse en lo alto de la cruz: Jesús Nazareno, Rey de los Judíos. Y en lo único en que demostró energía el alma pusilánime de Pilatos, fué en su negativa absoluta para modificar como se le pedía ese rótulo en forma que presentara a Cristo como un Rey supuesto; "lo escrito, escrito está", respondió.

Entraba sin duda, en los propósitos divinos que, Cristo fuera entregado a la muerte bajo la misma advocación de realeza con que le habían saludado los cielos a su llegada al mundo, y ha querido el Padre, que toda cristiandad adore a su Hijo Redentor, bajo ese mismo título real que es, a la vez, un presagio de triunfo y una promesa de la conversión del pueblo suyo que le dió la muerte.

Por lo demás, N. Señor, de acuerdo con esto, dió en su predicación, algunos cortos, pero muy decisivos anuncios del triunfo terrestre, de aquel reino que dejaba entregado al celo de sus fieles. Se predicará, dijo el Evangelio del reino en todo el mundo, en testimonio para todas las naciones". Ya había encomendada a los suyos que predicaran su doctrina a todas las gentes; aquí anuncia la realización del hecho. "Tengo otras ovejas que no son de este aprisco, anunció a

los hijos de Israel... Ellas oirán mi voz y se hará un sólo rebaño bajo un sólo pastor". "Cuando yo sea levantado en alto en la tierra, profetizó otra vez, aludiendo ha su crucifixión, todo lo traeré hacia mí".

Cada cosa está dicha en un futuro perfecto.

La univesralidad del reino espiritual parece pues, anunciada claramente por N. Señor.

### Futura unidad de la fe

Acabáis de oír aquella frase de Cristo, que trae en su Evangelio el Apóstol San Juan, que de todas sus dispersas ovejas "se hará un sólo rebaño y un sólo pastor". Respecto del importante sentido actual de esta promesa, no hay discrepancia; ella puede aplicarse muy principalmente al reconocimiento de la verdadera Iglesia, por parte de los 300 y tantos millones de hombres que hoy creen en Cristo, pero difieren de la Iglesia Católica, en doctrina y jurisdicción.

Se comprende la enorme influencia que ha de tener para el triunfo del cristianismo en la tierra esta unificación de los creyentes que duplicará con creces las filas de los que siguen al sucesor de San Pedro, y así se explica que su realización haya sido motivo de vivas preocupaciones para los últimos Pontífices, desde León XIII, hasta Pío XI. Sea que esta esta adhesión haya de venir en forma corporativa ó aislada, es un hecho que hay que esperarla. Así las huestes del bien, serán numerosas y fuertes.

### San Pablo y el reino de Cristo

Veamos ahora como factor de triunfo, en otro terreno, lo que dice San Pablo, sobre la futura destrucción de las potestades del mal y de las organizaciones humanas que hoy ejercen la compulsión al error en el universo.

El apóstol de los gentiles, estudiando el éxito que espera a las huestes de Dios, en el mundo, anunció una época en que Cristo "habrá destruído todo principado y toda potencia y dominación. Entre tanto debe reinar, agrega, hasta poner a todos sus enemigos debajo de sus pies".

El gran teólogo contemporáneo, Prat (1), de la Compañía de Jesús, explica lo anterior, diciendo que por el Hijo de Dios, será destruido, en este su reino temporal, todo lo que obstaculiza la obra de Cristo de cualquier naturaleza que sea". Según el comentador citado, el Redentor, "Jefe de la Iglesia militante"; como él le llama, "es el encargado de vengar el honor de Dios, de conducir a la victoria a los que marchan bajo su bandera y de castigar o someter a los rebeldes".

En el mismo sentido de universalidad y de éxito terrestre se había expresado, siglos antes, el teólogo Maldonado.

I no parece que esa conquista espiritual haya de ser la obra de un día, agregaremos nosotros, sino de un largo tiempo, tratándose de una obra de libre y meritorio convencimiento de los hombres que ha de ir conquistando Cristo, para sus filas.

### El apocalipsis y el milenio

El misterioso libro que ocupa las últimas páginas de la Biblia, el Apocalipsis, pinta simbólicamente las luchas contra esas potencias y dominaciones del mal de que acabamos de oír hablar a San Pablo, y canta la final victoria.

La inspiración que recibió San Juan, parece haber sido, la de anunciar en forma alegórica, las sucesivas y principales crisis religiosas que esperaban a la humanidad hasta el fin de los tiempos; pero su simbolismo, aunque tomado en su mayoría de otros profetas, deja velado el cuadro de cada suceso en forma tal, que sus anuncios han recibido hasta ahora aplicaciones prácticas, muy diversas. Esto mismo ha hecho providencialmente imposible hasta hoy, todo conocimiento exacto acerca de cuando llegará el grandioso desenlace final. Poco a poco irá Dios aclarando sus enigmas para confirmar la fe de los hombres.

Pero lo que ha sido siempre claro, clarísimo, es que allí está predicha la caída en este mundo de las instituciones públicas hu-

manas organizadas sobre el odio a la doctrina de Cristo, las que caerán al fin, impotentes para subsistir apesar de su fuerza y de su riqueza; y su destrucción vendrá cuando a sus mismos organizadores se de a beber el fruto de las envenenadas ideas que "ellos dieron a beber a todas las gentes" como dice el capítulo XVIII del Apocalipsis, catástrofe que, por sus características, no es posible aplicar a ninguno de los sucesos del pasado.

Es cosa clara también, que San Juan, predice, como casi toda la Biblia, la fervorosa conversión del pueblo judío en los grandes tiempos.

En lenguaje natural, que no deja lugar a duda alguna, anuncia por fin, el apóstol amado, en este libro profético, que según dice, le ordenó escribir el mismo Jesucristo, que, después de las luchas que describe, llegará una larga época, el milenio, en la que estará encadenado Satanás, para que no seduzca a los hombres y en que dominará en el mundo, en forma excepcional la doctrina y la gracia de Dios. Es la era que profetiza todo el antiguo testamento y que ha de desarrollarse entre hombres viadores, sujetos siempre a pecado y susceptibles de perfección.

Es principalmente en este libro, inspirado y en estos capítulos, donde los primitivos Padres de la Iglesia, y en la época contemporánea, un número creciente de teólogos católicos, ven anunciada la futura venida personal de Cristo y de los Santos, a la tierra en concordancia con esa lucha final y su victoria, pero este es un punto que deliberadamente y por razones de método, hemos dejado fuera del radio del presente estudio, como ya lo hemos advertido anteriormente.

Nos limitaremos a citar algunas líneas de un eminente eclesiástico consultor general de la Congregación del Santísimo Redentor, sobre este "mensaje grandioso de esperanza", como se ha llamado al Apocalipsis. El P. Berthe, en las páginas finales de su Vida de Jesús, compuesta no hace muchos años y que anda ahora en manos de todos los católicos

(1) *Teologie de Saint Paul*, T. II, cap. II-IV,

del mundo, explica así las predicciones del divino Juan.

Esas revelaciones, dice aquél gran escritor, "son la proclamación solemne del reinado de Cristo, sobre todos los pueblos de la tierra... Iluminados por el Espíritu Santo, los pueblos reconocerán el poder soberano del Hijo único de Dios... Los judíos se estremecerán de horror ante el recuerdo de su deicidio, se darán del todo al Dios a quien crucificaron... judíos y gentiles todos, unidos por la misma fe y el mismo amor, llevarán el Evangelio a todos los pueblos que el sol alumbraba. Todos caerán al pie de la cruz y adorarán a Aquél que ha dado su sangre por la salvación del mundo... No habrá más que un rebaño bajo un sólo pastor. Y Jesús reinará en la tierra todo el tiempo necesario para completar el número de sus escogidos. ¿Cuántos años? ¿Cuántos siglos? agrega. He aquí un secreto, etc"

No se refiere el P. Berthe, en estas últimas frases a una estadía visible de Cristo en su reino terrestre, pero sus pensamientos llenos absoluta fé en una total regeneración espiritual de la humanidad, aquí en esta vida, revelan cuan diversas van siendo las ideas contemporáneas de las que predominaron en los últimos catorce siglos, evolución de que dejaba ya constancia el reputado Manual de historia religiosa "Christus" del profesor Hubby de la Com. de Jesús. Se observa allí que en el catolicismo contemporáneo hay una conciencia más viva y más profunda del rol social de la Iglesia y que esto, unido a las amarguras de esta generación "ha conducido a ciertas almas fervorosas a una especie de milenarismo atenuado" y recordando luego la contradictoria fama de este concepto, agrega: "Roma no ha condenado jamás el anhelo y esperanza de una mayor difusión de la gracia que acerque más pueblos a la Iglesia por un milagro del Espíritu Santo, esperanza que León XIII, ha expresado muchas veces". (1).

### León XIII y Pío XI

Las declaraciones de León XIII, a que ahí

se hace alusión, son principalmente las de la Encíclica, llamada su Testamento, donde se dice que "Dios irá preparando cuando llegue su hora y por sus misteriosas vías, el triunfo definitivo". Y que es un deber del Pontificado "procurar que llegue pronto el día de las misericordias de Dios", que nos llevarán "al incremento de su Reino sobre la tierra".

Son así los mismos anhelos del actual Pontífice que en su oración misional dice a Cristo: "Apresurad la feliz venida de nuestro reino en la tierra".

### Cristo-Rey

Es especialmente característico que el actual Papa, haya instruido una fiesta religiosa en honor de Cristo-Rey, la que ha sido relacionada con la consagración del género humano al Corazón de Jesús.

Un oficio y misa se ha coordinado para aquel día precisamente con los triunfales salmos y profecías bíblicas a que hemos aludido. Allí se recuerdan los anuncios del Antiguo Testamento de que el "Rey de Reyes" aniquilará a las potestades del mal; "que florecerán en sus días la justicia y la abundancia de la paz", que "reinará hasta los extremos del orbe" y "serán bendecidos en El todos los pueblos de la tierra y todas las naciones le glorificarán".

La Iglesia infalible saluda ya oficialmente al Jefe Supremo de ese reinado venidero con un título que es una novedad providencial en la liturgia cristiana y que no es otro que el que le dan todos los profetas de la antigua Revolución; y le invoca como un Rey para esta vida del mundo, Rey que, sin armas, ni violencia, se ha de enseñorear pacíficamente de las inteligencias y de las voluntades de los hombres.

Se pide en aquel día al Corazón de Jesús que sea Rey de sus enemigos y de los idólatras, Rey de los judíos y disidentes y que dé a su Iglesia estable libertad para que todos unidos en Cristo "del uno al otro confín de la tierra, no resuene sino una voz: Alabado sea el Corazón Divino causa de nuestra salud".

1) Christus, cap. XVI-sec. V, 1.

Agregad a esto la oración ordenada por León XIII para rogar que quede libre de la externa sugestión diabólica la conciencia humana y sólo en lucha con su propio desequilibrio y veremos cuan lejos estamos ya felizmente de los errores en que, de buena fé sin duda, se ha incurrido al sostener que ese universal reinado espiritual que acabáis de ver anhelado por la Iglesia, estaba ya realizado o no había fundamento para esperarlo con tal intensidad y plenitud.

Parece innecesario repetir aquí que una evolución espiritual tan grande y tan diversa de lo que hasta ahora ha visto el cristianismo sólo podrá ser fruto a su vez de extraordinarias y poderosas iluminaciones que de Dios reciba entonces la humanidad. Y esta intervención divina es precisamente lo que pide con fervor la Iglesia.

### Promesa del Sagrado Corazón

Sabido es que según las revelaciones de Santa Margarita María será la devoción de amor al Corazón de Cristo, intensificada en la época contemporánea, la que promoverá en los tiempos venideros ese triunfo social cristiano. A ella declaró Nuestro Señor: "Yo reinaré a pesar de mis enemigos y de todos los que a ello quieran oponerse". Confirman estas últimas palabras el anuncio inspirado a Isaías que anteriormente citamos: "Serán confundidos todos los que a El se opongan" (XLV, 25). Y conviene notar que fué San Juan, el gran vidente del triunfo de Cristo, el que impulsó a Margarita María hacia esta devoción, según ella misma lo declara.

Hay otras notables revelaciones particulares, recientemente descubiertas, como las de la Madre Rafols que anuncian análogo triunfo y que no comentamos, por no haber sido aún calificadas por Roma.

### Jerusalén ya no está sujeto a los gentiles

No faltará quien por último se pregunte, al considerar todas estas profecías sobre la futura substitución del reino de la impiedad

por el imperio de Cristo, si ellas se cumplirán en una época lejana o próxima. Nuestro Señor, se negó expresamente en su tiempo a revelarlo y sólo avanzó un indicio, que hoy se realiza, y que entonces sólo daba a entender lo remoto que eran estos sucesos para quienes los consideraban en aquellos días.

Dijo así Nuestro Señor, según San Lucas (XXI, 24), después de profetizar la conquista y destrucción de la capital de Palestina por las huestes romanas gentiles: "Jerusalén será hallado por los gentiles hasta tanto que se hayan cumplido los tiempos de las naciones", o "los tiempos de las gentes", como traducen otros; plenitud de los tiempos que algunos teólogos han entendido será el fin de la dispersión impuesta a los judíos o la entrada de éstos al cristianismo. En todo caso se nos anuncia ahí que Jerusalén será dominado por los gentiles hasta la llegada de un tiempo característico, señalado por Nuestro Señor, que es el término o evolución de un época en la vida misma de las naciones.

Veamos lo que dice la historia del cumplimiento de esta profecía.

Jerusalén fué casi destruída por los romanos gentiles en el primer siglo, y conquistada y hollada en seguida por sus huestes mientras el gobierno de Roma no fué cristiano; pasó en seguida a poder de los paganos persas; y fué en el siglo VII conquistada por los mahometanos que la han dominado después prácticamente, y a veces con crueldad, hasta una época reciente.

Fué en vano que los cristianos en seis arduas cruzadas trataran en la Edad Media de conquistar, por las armas, la tierra que había santificado la sangre del Redentor. Sólo en la primera lograron apoderarse de la capital, en medio de profundas divergencias entre ellos, que dieron nueva y definitiva entrada a los turcos mahometanos que se habían mantenido siempre en sus vecindades. Sirvieron esas heroicas expediciones para aminsonar el poder musulman en el resto del mundo, pero no para conquistar a Jerusalem. No había llegado la hora, en los designios divinos de que los gentiles la abandonaran.

Pero hoy día ha llegado esa hora predicha



por N. Señor, pues con motivo de la gran guerra europea ha cesado en Jerusalem y la Tierra Santa y sin derramamiento de sangre el secular dominio político de los turcos mahometanos, es decir de los gentiles que la habitaban. Una nación cristiana, Inglaterra, que aunque en su mayoría protestante, no es gentil pues toda adora a Cristo, ha expulsado a los turcos y ha asumido pacíficamente el protectorado de toda la Palestina y de "la ciudad del gran Rey", como la llamó Jesucristo, y lo ha asumido de acuerdo con los vencedores de la guerra, para que los antiguos adoradores de Jehová, que de ningún modo pueden llamarse tampoco gentiles en el sentido bíblico, vayan ahí reorganizando el viejo hogar de Israel por vez primera en la era cristiana.

### Congregación de los judíos

Conservada milagrosamente la raza judía, con sus mismos antiguos rasgos de carácter e inteligencia, a pesar de su dispersión en todas las regiones del globo y de sus cruentas vicisitudes de diecinueve siglos, va llegando, desde hace sólo quince años, y en número que son millares a la patria de que fué expulsada en el primer siglo del cristianismo. ¿Se aproximará la hora de su reconocimiento del Redentor?

El Cardenal Billot, en la obra que citamos en nuestro artículo anterior, manifestó la creencia de que Dios quería cumplir, con esta maravillosa reconstitución actual del pueblo judío, importantes profecías bíblicas que le conciernen, y aunque vió en ello, como en todo, un presagio del próximo fin del mundo, no dejó de reconocer, como todos los escritores, la significación espiritual del hecho.

Pues la gran congregación del pueblo de Israel en Palestina está también profetizada y el dedo de Dios la está impulsando hoy ante nuestra vista; Alemania acaba de arrojar a los judíos de sus fronteras y ello servirá para dar un valiosísimo refuerzo al renacimiento de la Judea.

Y no olvidemos la influencia transcendental que en la iniciación del reino de Cristo que

esperamos, habrá de tener, según las Escrituras, la conversión del pueblo que fué el depositario de las primeras Revelaciones. San Pablo, con su característica argumentación, recalca esa trascendencia en unas cuantas significativas frases. Si el delito del pueblo judío de no haber reconocido a su Mesías, dice él, trajo al mundo el tesoro inmenso de su conversión ¿qué otra cosa constituirá el ejemplo de su final vuelta a la fé sino una resurrección en que de la muerte brotará la vida?

Son muy dignas de meditarse estas palabras en esta época en que se ha marcado el único escalón de los grandes tiempos que quiso dejar pronosticado el mismo Jesucristo, el del término de la dominación de los gentiles sobre la Tierra Santa, como concordante con una evolución que hará época en la vida de las naciones.

### El pecado de los judíos al advenimiento de Cristo y el pecado de que nosotros debemos librarnos

Resumamos ahora en dos palabras, ya que los detalles han sido excesivos.

El camino real de Cristo se abrió en el humilde suburbio de Belén; sus milicias van por él en marcha, con suerte accidentada a la sombra de la Cruz; el gran triunfo universal no ha llegado aún, pero llegará. El amor de Cristo a los hombres tiene acordados, sin duda, medios extraordinarios para realizar ese triunfo y ese reinado en la tierra, que está profetizado con toda evidencia; debemos creer en ello con la absoluta fé del que asiente a la palabra de Dios mismo.

El pecado del pueblo de Israel fué el de cerrar culpablemente los ojos a los anuncios de la Biblia de que el Mesías salvaría a los hombres con sus humillaciones y sus dolores; su pueblo quiso esperarle solamente en el carácter de grande y poderoso dominador del mundo con que a la vez la Biblia le anunciaba claramente. Por eso le negó Israel y le dió muerte.

No incurramos nosotros, que desde entonces adoramos a Cristo agonizando en su Cruz, en el pecado opuesto al de Israel, el de no re-

conocerle conjuntamente como el futuro vencedor, en esta vida militante de las potestades humanas y diabólicas del mal, como el Pacífico Monarca que hará fructificar en todo el universo el mérito infinito de su sangre,

como el real conquistador en la tierra de las inteligencias y humanas voluntades, caracteres que le dan con luminosa claridad los Libros Santos y su Iglesia.

## ¿FUE COMUNISTA LA IGLESIA PRIMITIVA?

Ortiz de Urbina lo niega rotundamente en un interesante artículo de la revista "Razón y Fe".

Nó: la Iglesia primitiva, dice, no fué comunista, ni socialista, ni siquiera indiferente ante el derecho de propiedad. Entonces como hoy y como mañana, la Iglesia enseñará este principio cimentado en la ley natural.

Sin embargo hace cerca de tres cuartos de siglo que las literaturas socialistas y marxistas se afanan en cimentar esta tendenciosa alucinación y más de una vez han afirmado que el comunismo está establecido en el Evangelio, en los Hechos Apostólicos y en los textos de algunos Santos padres.

El novelista inglés Wells en su "Breve Historia del Mundo" que acaba de reimprimirse en Chile, repite esta idea asegurando que la doctrina de Jesús no admite "ni propiedad, ni privilegios, ni precedencias" (Cap. XXXVII).

Veamos someramente los hechos y declaraciones en que pretenden fundarse los socialistas.

Observan ellos que según el Evangelio fué Jesús un verdadero proletario que amaba sobre todo a los pobres y declaraba que los ricos entrarían difícilmente en el reino de los cielos. Al joven capitalista que le consulta Cristo responde "Si quieres ser perfecto, vé, vende cuanto tienes y dalo a los pobres, con lo cual tendrás un tesoro celestial y ven tras de Mí". En la parábola de Epulón y de Lázaro, el mendigo es llevado al Seno de Abraham y el millonario es hundido en el infierno.

Contra la falsa consecuencia que osan deducir de estos hechos, cabe observar que una cosa es la pobreza y otra el comunismo. A la perfección evangélica puede llegarse por

esa pobreza voluntaria, pero Jesús no cierra las puertas del cielo a los ricos, pues no dice que no entrarán en él, sino que entrarán difícilmente, dificultad que puede tornarse en facilidad, para los que saben hacer uso caritativo de sus bienes; no impuso al joven que se desprendiera de todos sus bienes; como condición indispensable para lograr la vida eterna, sino como un medio de santificarse aún más.

Por lo demás es evidente que una renuncia voluntaria de lo que se posee para obtener la perfección y que va precedida de una venta, no es comunismo, sino el libre abandono de la propiedad individual hoy en uso en las Ordenes Religiosas. Si el dominio particular fuera ilícito y la propiedad privada fuera un robo como dicen los comunistas, ¿cómo podrá Jesús recomendar la venta de lo ilícitamente poseído?

Los exégetas socialistas imaginan clavar una pica en Flandes con el v. 33, Cap. XIV, del Evangelio de San Lucas: "Así cualquiera de vosotros que no renuncie a todo lo que posee, no puede ser mi discípulo". No hay duda que estas palabras son verdaderamente desorientadoras, si se examinan descuajadas del conjunto de la doctrina de Jesucristo y de la contraprueba de sus obras; pero en conexión con ellas no tienen otro alcance que el deber de estar enteramente desprendidos de nuestra fortuna en el caso que nos impida cumplir el llamamiento divino. Y no solo de nuestra fortuna sino también de cuanto amamos, inclusive las personas, por entrañables y muy cercanos que nos sean, siempre que sean obstáculo grave para alcanzar nuestro fin supremo. Entendida aislada-mente la advertencia: "Quien no se viene a mí sin odiar a su padre, madre, esposa, hi-

jos, hermanos, hermanas, y así mismo, no puede ser mi discípulo", resultaría contraria al cuarto Mandamiento de honrar padre y madre, y en general al mismo Decálogo, cuyo cumplimiento para ir al cielo impuso nuestro Salvador al joven rico. Ambos textos tienen en realidad el mismo alcance y no significan por cierto que el cariño familiar, ni la posesión de bienes sean inconciliables con el amor de Cristo; pero sí que en el caso de producirse esa incompatibilidad, debe primar el servicio de Cristo.

Zaqueo, Nicodemo y José de Arimatea, a pesar de ser propietarios, fueron discípulos de Cristo. Hombres opulentos, pero de entrañas bondadosas como cuenta el Evangelio, pudieron ser amigos de Jesús y honrados públicamente por Él como lo fué Zaqueo sin que renunciaran a todo lo que poseían.

Es en los "Hechos de los Apóstoles" donde se encuentran los pasajes aparentemente más aptos para la exégesis marxista. Los más importantes son: el del Cap. II, 44 y 45: "Del mismo modo todos los que coincidían en la fe teníanlo todo en común, y vendían los bienes y fortunas para repartir su precio entre todos, conforme a la necesidad de cada uno"; el del Cap. IV, 34 y 35 "Porque no había ningún necesitado entre ellos. Que todos los que poseían campos o casas, las vendían y ponían el precio de la venta a disposición de los Apóstoles. Este se ponía, luego, a disposición de todos, conforme a la necesidad de cada uno".

De ninguno de estos textos se infiere que los primeros cristianos condenaban la propiedad privada. Si para ellos hubiese sido ilícita, también lo habría sido su enagenación, por más que fuera para formar su fondo común. Este fondo fruto de la caridad era repartido por los Apóstoles, y no por el Estado que, en el régimen comunista, es el único sujeto de derecho. Estas renunciaciones de bienes, eran forzadas y no siempre eran totales, luego no eran efectos de la negación del dominio particular.

Reconocimiento de este dominio, y no negación comunista, es lo que resalta en el epígrafe a Satanás en mentir contra el Espí-

tu Santo y en falsear el precio de la finca: acaso lo que quedaba, no quedaba para tí, y acaso no disponías libremente de lo comprado". No se desconocía como se ve el derecho de la propiedad. Se trataba de erogaciones voluntarias de mutua caridad; por eso San Pablo, decía a los Corintios (16): "El primer día de cada semana, cada uno deposite lo que viene le parezca".

En la llamada "Doctrina de los Apóstoles", documento antiquísimo y muy venerado en la Iglesia, se prescribe, respecto a la sesión de bienes, solamente la donación de las primicias conforme a la ley.

El 1902, el economista Brentano ponía al Papa San Clemente, a la cabeza de los Santos Padres comunistas, basado en un texto, que H. Waiter, evidenció, en 1904, que San Clemente no lo había escrito. Ese texto forma parte de una novela del siglo III., que, retocada a principios del IV, ha llegado a nosotros con el título de "Reconocimientos". Después de la comprobación de H. Waiter, Brentano no habría atribuido a San Clemente, las siguientes palabras: 'Debió ser común a todos los hombres el uso de cuanto hay en este mundo; sin embargo, injustamente llamó uno a esto suyo y aquel a lo otro, de donde provino la discordia entre mortales'. No eran estas las doctrinas de San Clemente ni las de ninguno otro Papa.

Pero lo que sí, es verdad es que los pobres han constituido siempre una clase privilegiada para el cariño de la Iglesia de Cristo.

Y las amonestaciones insistentes que todos los últimos Pontífices han hecho a los capitalistas despiados, hacen recordar las palabras del fuego con que el primer Obispo de Jerusalem, el Apostol Santiago, primo del Señor, fustificaba en el primer siglo a los ricos codiciosos y egoístas que hacían caso omiso del pobre y del desválido. "Ea, ricos, les decía, llorad con alaridos las miserias que os guardan. Mientras el pobre gime aquí por su sustento, vosotros vivís en lujurias acumulando la ira de Dios. ¿No veis que con vuestros banquetes os estáis cebando, vosotros mismos para el gran día del sacrificio y del fuego eterno?

Jaime Eyzaguirre

## Los avances del corporativismo

En los últimos años ha podido observarse, cada vez en forma más marcada, la tendencia de los países de Europa hacia la organización corporativa del Estado. Sin duda que en ello ha tenido mucha influencia la expansión del ideal fascista, que ya no está reducido a las fronteras de Italia. Pero más importancia ha tenido para la gestación de este fenómeno político la Encíclica "Cuadragésimo Anno", dictada para todo el mundo, y que señala como remedio de la crisis social la vuelta a las corporaciones arrasadas por el individualismo. Es verdad que el Sumo Pontífice no pretende imponer el régimen corporativo como estructura política del Estado, sino tan sólo como sistema económico-social, ya que según dijo León XIII, en "Inmortale Dei", "los hombres son libres de adoptar la forma de organización que prefieran, siempre que se tomen en cuenta las exigencias de la justicia y del bien común". Pero, como lo hizo notar en 1931 el ilustre y malogrado Monseñor Seipel, en el Congreso de la Liga Popular de los Católicos de Austria, "es claro que Sociedad y Estado están en una íntima interdependencia y, por consiguiente, toda reforma social, cualquiera que sea la época o lugar en que se realice, decidirá de la estructura del Estado, ya que si la Sociedad y el Estado están constituidos y gobernados según principios diferentes o incompatibles no podrá existir ni Sociedad sana, ni Estado fuerte".

Durante el curso del año 1933 los católicos franceses analizaron detenidamente la organización corporativa del Estado en la semana social reunida en Reims. Los trabajos allí leídos significan un valioso aporte al estudio de estas materias y tendrán, sin duda, beneficiosa influencia en la divulgación de la doctrina sindicalista.

Interesante es también constatar la forma en que ha encarado este problema la Confederación francesa de las profesiones comerciales, industriales y liberales. Esta organi-

zación, que agrupa en su seno seis mil quinientos miembros, adoptó el siguiente acuerdo en un Congreso celebrado en Mayo último:

"La C. F. P. preconiza la integración de las fuerzas económicas y profesionales en el Estado, sobre las bases siguientes:

"1) Los organismos profesionales de carácter nacional deben ser dotados de un poder de iniciativa en lo que concierne a las proposiciones de leyes en el marco de su competencia respectiva. Toda proposición de orden económico o profesional, que emane del Poder Ejecutivo, les será obligatoriamente transmitida para su estudio y redacción.

"2) Los textos redactados por esos Consejos Nacionales, serán sometidos al examen y al voto del Consejo Económico.

"3) Serán, en seguida, transmitidos para el voto definitivo a las Cámaras políticas.

"4) La aplicación de leyes de orden económico o profesional a las profesiones diversas y a las regiones, será objeto de reglamentos cuya elaboración estará confiada a los Consejos de la región, según su competencia.

"5) Podrán emanar de estos diversos Consejos resoluciones, opiniones, recomendaciones, indicaciones estadísticas e informaciones de todas clases, con el objeto de orientar la producción, señalándole las posibilidades económicas, los obstáculos y los peligros.

"6) Con el fin de otorgar a los Consejos regionales y nacionales la autoridad necesaria para el ejercicio de dichas funciones, es necesario que su elección se haga de manera equivalente.

"Sobre esta base, los Consejos de competencia regional serán elegidos, sea una mitad por los sindicatos regularmente declarados después de un año o menos y existiendo en la profesión, y otra mitad por sufragio de todos los miembros de la profesión, de una lista profesional formada conforme a la

ley por los Consejos de Hombres Prudentes; sea por todos los miembros de la profesión, designándose de una lista de candidatos de los sindicatos; sea por cualquier otra forma que favorezca las organizaciones sindicales".

Pero, sin duda, donde se ha llegado más lejos es en Austria, país que ha sufrido como pocos los estragos del liberalismo económico y que hoy reacciona enérgicamente y proclama con franqueza las excelencias del sistema corporativo. En efecto, el ya célebre Canciller Dollfus, en un memorable discurso pronunciado durante el Congreso Eucarístico reunido en Viena, en Septiembre último, manifestó que su país "quiere ser la primera nación que reforme el Estado según los principios de la "Quadragesimo Anno". Y agregó: "El camino que debemos seguir es el que conduce a un Estado cristiano y nacional. Las Encíclicas Pontificias nos dan sobre ello enseñanzas precisas y nosotros queremos poner decididamente en práctica los principios cristianos en la restauración de nuestra vida pública".

Refiriéndose a este discurso, el "Osservatore Romano", órgano oficial de la Santa Sede, decía lo siguiente en su edición de 16 de Septiembre: "Dollfus ha criticado duramente la política parlamentaria y la de los partidos. Pero, como implícitamente reconoce el mismo Canciller, criticar las desviaciones no significa negar las bondades del régimen representativo. Según Dollfus, los defectos del parlamentarismo de la postguerra son la demagogia y el formalismo, los cuales han debilitado el principio de autoridad, que necesita ser restaurado. Pero Estado autoritario no significa Estado anti-representativo. La autoridad no basta. También los jefes de las tribus africanas, ha observado recientemente un crítico político, tienen autoridad; más, sólo tienen autoridad. Únicamente por las formas de equilibrio entre autoridad y libertad, entre discusión y ejecución, entre crítica y mando, se hace posible una próspera convivencia civil. Sólo en la búsqueda de esta armonía se afirma la capacidad política y de tales preocupaciones hay un eco profundo en el discurso de

Dollfus, para el cual la autoridad no significa ni dictadura ni violencia. "No queremos, ha dicho, mantenernos afianzados en alguna violencia, pero tenemos el derecho de defendernos contra toda violencia". "La autoridad, anota claramente Dollfus, no significa despotismo, sino organización bajo la dirección de un jefe lleno de abnegación". Tales aspectos "organizadores" hay que tenerlos particularmente presentes en la actual crisis de la autoridad cuyas conexiones conducen del extremo demagógico al extremo absolutista".

Y más adelante, ocupándose del corporativismo propiciado por Dollfus, el "Osservatore Romano" agrega: "Estos caracteres corporativos del Estado se entienden como una forma de organización económico-política que niega por una parte el individualismo liberal y, por la otra, el socialismo comunista y el capitalismo nacionalistas que, aunque partiendo de premisas diversas, no carecen de afinidades prácticas. Dollfus ha aclarado oportunamente los equívocos que pueden esconderse bajo este carácter corporativo del Estado. Así, recordando las condiciones sociales de la época de la liberación de Viena, el Canciller ha observado: "El país estaba organizado en aquel tiempo según el régimen corporativo; pero el error de este régimen fué sacrificar la clase agraria y dejar las corporaciones de oficios encastillados en los viejos reglamentos, mientras los privilegios, demasiado numerosos, degeneraban en abusos". Bastante oportuna y de actualidad es esta observación sobre las posibles degeneraciones del corporativismo, cuando no es entendido como legítima, plena y proporcional representación y colaboración de las clases, frente a las cuales el Estado tiene una competencia más bien de tutela y de arbitraje que de intervención directa". Concluye el órgano de la Santa Sede expresando que: "El Corporativismo anunciado por Dollfus no pretende ser estatal, sino representativo y parlamentario, proponiéndose el Canciller la organización de una nueva representación popular y el desarrollo de todo aquello que unirá en el país a las clases trabajadoras y productoras".

En suma, puede decirse que la organización corporativa que propicia el Canciller austriaco se ajusta en todo a las exigencias de la "Quadragesimo Anno" y tiene muy en cuenta, como ésta, que "cuanto más vigorosamente reine el orden gerárquico entre las diversas asociaciones, quedando en pie el principio de la función supletiva del Estado, tanto más firme será la autoridad y el poder social y tanto más próspera y feliz la condición del Estado".

También en Suiza ha encontrado eco el sindicalismo cristiano. En Abril de 1933 los estudiantes católicos de la Confederación, reunidos en una gran asamblea en Soleure, adoptaron importantes acuerdos en materias políticas y sociales, y fijaron al respecto todo un hermoso programa de acción. No vacilamos en reproducir este último, pues lo consideramos del más alto interés:

#### "I Principios Generales:

1.º Nos oponemos al liberalismo y al marxismo económico, político y cultural bajo todas sus formas y efectos.

2.º Aunque nos colocamos en el terreno de la democracia suiza, exigimos sin embargo un federalismo más acentuado, una vigorización constitucional de la autoridad, la constitución orgánica del Estado teniendo en cuenta los grupos naturales (familia, profesión) en el marco del orden corporativo.

3.º Mantenemos con firmeza la idea de la patria y evitamos el nacionalismo exagerado y la afirmación extrema de razas.

4.º Combatimos la separación de la Iglesia y del Estado y buscamos una colaboración armoniosa de estos dos cuerpos. Exigimos la escuela confesional y religiosa.

#### "II Postulados para la revisión de la constitución federal:

5.º Preconizamos una revisión de la Constitución federal especialmente en los puntos siguientes:

Pedimos una nueva reglamentación de la libertad de comercio y de la industria:

a) en el sentido de una organización corporativa por el reconocimiento de derecho público a las asociaciones profesionales y la concesión de competencia para reglamentar definitivamente cuestiones determinadas en

materias social, económica y jurídica.

b) por medidas legales contra la inmoralidad.

c) por la protección de los empresarios independientes contra la concurrencia malsana y desleal.

Pedimos una nueva reglamentación de la libertad de prensa y de reunión, con la protección legal contra los ataques a los fundamentos de la religión cristiana, de la moralidad pública, de la tranquilidad interior y de la seguridad exterior del Estado.

La interdicción de organizaciones revolucionarias y anti-religiosas.

La protección de la libertad de trabajo por la protección de los trabajadores y la represión enérgica del terror.

La abolición completa de los artículos de excepción, llamados artículos confesionales".

Los católicos holandeses no han permanecido tampoco ajenos a este movimiento universal. Por el contrario, el gran diario "Maasbode", hacía a mediados del año anterior un enérgico llamado al partido católico de los Países Bajos, a fin de que su representación parlamentaria se ocupe ante todo de impulsar la reorganización de la sociedad sobre la base corporativa. Y no hace mucho, le diputado Kortenhorst, Secretario General de la Unión industrial de los patronos católicos holandeses, exclamaba en Breda: "En todas partes se separan con repugnancia del pensamiento económico liberal. El libre cambio ha muerto de su más bella muerte. A los revolucionarios de la extrema izquierda se han venido a juntar los revolucionarios de la extrema derecha. Lo que ocurre actualmente en Alemania puede servirnos de advertencia. El culto de la violencia no debe infectar nuestro país y, para evitar el peligro, el Gobierno debería proceder a una revisión de la Constitución, a fin de amputar ciertos tumores de la democracia. La reforma del Parlamento se impone! Lo que debemos hacer es la sociedad corporativa, para evitar el Estado corporativo fascista. El Estado no debe usurpar; su función es sólo la de controlar. La reconstrucción orgánica de la sociedad no podrá, sin embargo, hacerse hasta que el Gobierno

desde el punto de vista agrícola y comercial considere la vida económica de la nación como una unidad, en la cual los intereses de los partidos y de las clases, deben hacer lugar al interés general”.

Pero no hay duda que ha sido en Bélgica donde el movimiento corporativo ha alcanzado contornos de mayor interés. Un grupo poderoso de la juventud universitaria, que se distingue por su preparación intelectual y su fuerte vida cristiana, se ha lanzado allí entusiasta y enérgico a propagar la idea sindicalista. Su actividad ha sido sorprendente. Publicaciones, conferencias, semanas de estudios y audiciones por la radio, han servido a estos noveles apóstoles para expandir su credo político y social. En Diciembre del pasado año realizaron en Bruselas un gran congreso para estudiar el importante tema de “La Juventud y la Transformación del Régimen”, dándose entonces lectura a interesantes trabajos de los dirigentes del movimiento. En esa ocasión fué a unir su voz a la de los abnegados paladines del corporativismo el Ministro católico Paul Crokaert, que en hermosas palabras los exhortó a seguir la noble cruzada en que estaban empeñados. “Guardad—les dijo—como el más precioso bien, vuestra conducta franca y nuestro atrevimiento. Jamás sereis bastante audaces”.

Desde las columnas de “L'Esprit Nouveau”, órgano periodístico del movimiento, así como en las páginas de su obra “Pour un ordre nouveau”, el Secretario General de la Central Política de Juventud de Bruselas, Raymond de Bécker, ha dado a conocer de manera detallada su ideología. “Se podrían resumir—ha dicho—todas las tendencias y todo el programa de nuestro movimiento en estos términos: queremos una vuelta al hombre. La vuelta al hombre para nosotros los católicos, implica una visión total de los seres y de las cosas en función de un principio único. Este principio es Dios. Estimamos que esta nueva postura frente a las realidades profundas y esenciales es un problema global, un problema de “totalidad”. La unidad de inspiración y la unidad de organización son las características principa-

les de un “orden”. En éste sentido nos oponemos a lo que, por un abuso de términos, se llama la civilización actual. Nos oponemos a ella con toda nuestra fuérza, pues este estado del mundo contemporáneo es precisamente un estado de desorden, un caos. Nos oponemos a ella, porque implica, por su visión abstracta y teórica de los seres y de las cosas, por sus pretensiones a la libertad que no es más que anarquía, el aniquilamiento de los valores espirituales de la humanidad, la tiranía sobre los individuos. En función del destino sobrenatural del hombre, queremos reconstruir, después de la unidad del hombre la unidad de la civilización, es decir, construir un “orden nuevo”. Contrariamente al liberalismo, que se niega a todo mejoramiento de la sociedad, y al colectivismo que pretende realizarlo por una violencia inadmisibles, queremos un orden político, social y económico que organice la vida en común en la justicia, tomando en cuenta la liberación de la personalidad”.

“Se trata, ante todo, dice De Becker en otro lugar, de llegar a regularizar la vida económica, de darle, según la frase de Pío XI, un “principio director”, en otros términos, de crear una economía organizada, controlada y dirigida. No pensamos que el Estado sea capaz de ejercer eficazmente este trabajo. Son los órganos competentes de la misma profesión los que deben encargarse de esto. He allí la significación económica del corporativismo”.

Y este movimiento, animado por el espíritu generoso y entusiasta de la juventud belga, está tomando tanto cuerpo que ya no son pocos los viejos políticos que creen también que es necesario llegar a una radical transformación del régimen. Así, M. Paul Segers, uno de los dirigentes del Partido católico y Presidente de la Federación de las Asociaciones y Círculos, expresaba no hace mucho: “La reforma esencial y, puede decirse, la más urgente, es la transformación de las Cámaras legislativas. Me refiero a una reforma más profunda que tendría por efecto modificar la composición de las Cámaras, de modo que ellas representen, no grupos de partidos, que han probado su in-

suficiencia, sino grandes organismos por crear o mejorar, que serían constitutivos de los grandes intereses generales y primordiales del país, y de modo que en lugar de ver a seres impotentes perseguir fines políticos de clase, de casta, de raza, de grupos, se pueda ver en el Parlamento mandatarios desinteresados y capaces, los más aptos para servir la cosa pública, unir sus esfuerzos en la elaboración de las leyes y el control de los dineros públicos, para asegurar exclusivamente el bien de la nación".

No podríamos poner cumplido término a nuestra tarea de señalar los avances del ideario sindicalista en los países de Europa, si no mencionáramos la Constitución portuguesa de que es autor el Ministro Oliveira Salazar, en que se instituye una Asamblea Nacional, cuya mitad es elegida por las corporaciones, y una Cámara Corporativa encargada de examinar los proyectos de leyes económicas. En la exposición de motivos que precede al texto de la Carta Constitucional, se dice que: "En ella la Na-

ción será considerada en sus órganos naturales, los individuos y los grupos sociales diferenciados: la familia, órgano generador de la sociedad y garantía de su prolongamiento; la corporación moral y económica, elementos reguladores del equilibrio y del progreso nacional; la autarquía local, base de la unidad y de la soberanía nacional, cuyas raíces se hunden en la familia que constituye lo más puro de su esencia".

Bien diseñada aparece pues en el horizonte la organización política de la nueva edad. La fe en los antiguos principios del liberalismo parece ser cosa muerta que pocos intentan resucitar. El desmoronamiento del edificio político, cuya construcción iniciaran los renacentistas y concluyeran los revolucionarios del 89, ha sido estrepitoso. Y sobre sus ruinas se perfila ya la faz del nuevo Estado, jerárquico y corporativo, en cuya constitución primará, como lo ha dicho muy bien Berdiaeff, "el principio del realismo social sobre el principio del formalismo jurídico".

## Notas Bibliográficas

"UNA NUEVA EDAD MEDIA", por Nicolás Berdiaeff. Editorial Apolo; Barcelona, 1933.

El problema del hombre moderno, que apartó su vida de la idea teocéntrica y la centró en el yo, sirve de tema a este libro magnífico. En sus páginas, cuajadas de admirable filosofía, se asiste a la destrucción del orden medioeval, símbolo del cuerpo místico de Cristo, por el individualismo materialista y anárquico. "Con el Renacimiento — dice el autor — las fuerzas humanas se desataron y su juego impetuoso creó una nueva cultura, fundó una nueva historia. Es decir, que toda la cultura de esa época mundial en las escuelas llamada historia de los tiempos modernos, fué el experimento de la libertad humana. El nuevo hombre quiso ser autor y ordenador de la vida, sin la ayuda de lo alto, indiferente a las sanciones divinas. El hombre se arrancó del centro religioso al cual estuvo sometido toda su vida durante la Edad Media; quiso andar por una vía libre e independiente. Al lanzarse por este camino, le pareció al europeo de los tiempos modernos, que por primera vez habían sido descubiertos el hombre y el mundo humano, comprimidos por la Edad Media y muchos también en nuestros días, obcecados por la fé humanista, se imaginan que es al humanismo, en el comienzo de los tiempos modernos, al que se debe el descubrimiento del hombre".

"Los tiempos modernos — dice en otra parte de su obra Berdiaeff — han querido ver la libertad en el individualismo y en el derecho para cada hombre y para cada esfera de la cultura, de manifestarse por sí mismos. Se ha llegado hasta identificar el proceso de la historia moderna con el de una emancipación. Pero ¿emancipación de qué, emancipación para qué? Una emancipación de las viejas teocracias autoritarias, de la vieja noción de dependencia. Las viejas teocracias autoritarias no podrán subsistir ya, y en cuanto a la vieja heteronomía precisaba vencerla. No quiero decir que la li-



bertad del espíritu no fuese una conquista imprescindible y eterna. Pero ¿por qué y en vista de qué precisaba que hubiera una emancipación? Los tiempos modernos no lo han sabido. Se hubieran visto en definitiva muy apurados para decir en nombre de quién, en nombre de qué. ¿En nombre del hombre, en nombre del humanismo, en nombre de la libertad y de la felicidad de la humanidad?... No se ve ahí nada que sea una respuesta. No se puede liberar al hombre en nombre de la libertad del hombre, por no poder el hombre ser la finalidad del hombre. Así nos apoyamos sobre un vacío total. Si el hombre no tiene hacia qué elevarse, queda privado de sustancia. La libertad humana aparece en este caso como una simple fórmula sin consistencia. El individualismo, es pues, por esencia una reforma negativa. Su desarrollo no podrá traer al hombre ningún apoyo".

Y la idea individualista, al destruir el organicismo medioeval, creó la sociedad atomizada y preparó de esta manera el advenimiento del socialismo. Este "tiene una base y un origen humanistas; ha sido engendrado por el humanismo de los tiempos modernos, cosa que no hubiera sido posible sin la autoafirmación del hombre, sin el traslado del centro de gravedad de la vida al bienestar humano. Pero, dentro del socialismo, llega el humanismo a su propia negación. La conciencia de la clase proletaria es ya una conciencia que no tiene nada de humanista. El hombre, en efecto, ha sido substituido por la clase. El valor del hombre, de su alma individual y de su destino individual, ha sido negado. El hombre se convierte en un medio para la colectividad social y su desarrollo. El humanismo ha sido, como disposición moral, el padre de la "humanidad". Esta "humanidad" fué el reinado del hombre término medio. Pues bien, semejante virtud se disgrega en el socialismo por ser el socialismo el fin de la "humanidad" la denuncia de las ilusiones que esta virtud traía consigo. El socialismo acusa a las altas manifestaciones del humanismo; ciencias y artes humanistas, la moral humanista, la cultura humanista entera. Todo el edificio humanista desaparece, quedando al descubierto sus cimientos y sus cimientos resultan ser la economía, los intereses económicos de las clases. La verdad es que por haberse arrancado el hombre del centro espiritual y de las fuentes espirituales de la vida, no tiene la suya más que bases materiales y sus cumbres son mentiras. El hombre se descompone en intereses; la naturaleza única del hombre (lo humano) desaparece, se disgrega en estructura de clases".

Estamos asistiendo ahora, según Berdiaeff, a la gestación de una nueva Edad Media, es decir, al nacimiento de una época en que volverán a primar los valores del espíritu, en que se colocará nuevamente a Dios como centro de la vida, en que se restaurará el principio de la jerarquía, la concepción orgánica de la sociedad. La nueva Edad Media "es una época en que la fe en todas las políticas está gastada, en que la actividad política no desempeña ya el papel que ha desempeñado en la historia moderna, debiendo ceder el puesto a procesos espirituales y económicos más reales... Los partidos políticos y sus caudillos perderán seguramente su significación; no es de los partidos donde saldrán los hombres de valía. Los Parlamentos deben desaparecer definitivamente, con su vida ficticia y parasitaria de excrecencias lanzadas sobre el cuerpo del pueblo, incapacitados como están para cumplir ninguna misión orgánica... Los Parlamentos políticos de charlatanería, serán substituidos por Parlamentos profesionales, representantes de corporaciones, las cuales no lucharán por una cuestión de poder político, sino que se dedicarán a resolver los problemas vitales, para sí mismos, no por intereses políticos".

Hemos preferido transcribir sin comentarios las partes más salientes de esta obra notable. El lector sabrá valorar su importancia e interés y se explicará el éxito que ha tenido en los círculos intelectuales del Viejo Continente.

"LA DOCTRINA SOCIAL DE LA IGLESIA" por el P. G. C. Rutten. Editorial "Splendor"; Santiago de Chile, 1933.

Es una magnífica síntesis de los sabios principios de orden y justicia social preconizados por los Pontífices León XIII y Pío IX. Su autor, Director de las Obras Sociales de Bélgica, tiene ganado un merecido prestigio por su profunda versación y abnegado trabajo en estos campos y materias. Los capítulos de más interés son los que se refieren a la propiedad y al salario, asuntos por demás debatidos y que se exponen con método y claridad. También es digno de mención el que se refiere a "Las organizaciones profesionales", señaladas por la Santa Sede como los medios más adecuados

para restaurar el orden social quebrantado por el liberalismo y amenazado por el comunismo de mayores calamidades.

"LA CONSTITUCION DE 1833". Ensayo sobre nuestra historia constitucional de un siglo por Antonio Huneeus Gana. Editorial "Splendor"; Santiago de Chile, 1933'.

Se trata de un completo análisis de nuestra trayectoria política desde 1810 a 1910, que por su profundidad y documentación, así como por la forma elegante y amena en que está expuesta la materia, capta presto el interés del lector. Con verdadero acierto traza un cuadro animado de los años que precedieron a la Carta Constitucional de 1833 y entra después a referirse a esta última en forma por demás detallada. Termina el autor ocupándose de las diversas reformas que el Código fundamental experimentó con posterioridad a su dictación y particularmente de la revolución de 1891 y de los efectos del parlamentarismo.

Editado en un mismo volumen con "La Constitución de 1833", figura un conjunto de artículos y discursos que el señor Huneeus engloba con el título de "Estudios Chilenos". En su mayor parte se refieren ellos a asuntos de interés nacional, exceptuando los últimos que se ocupan de exponer y propagar la doctrina liberal individualista. Nos abstendremos de dar nuestra opinión acerca de estos; sólo si nos permitimos recomendar al que los lea la conveniencia de comparar su fondo con el contenido de la Encíclica "Quadragesimo Anno".

"BOLETIN DE LA ACADEMIA CHILENA DE LA HISTORIA". Primer Semestre de 1933.

La Academia Chilena de la Historia, que lleva un año de próspera existencia, ha venido a añadir a sus numerosos triunfos la publicación de un Boletín que honra las letras nacionales. Magníficamente impreso y adornado con cerca de noventa láminas, contiene profundos estudios acerca de nuestro pasado en sus aspectos político, internacional, literario y artístico. Un buen número de artículos está destinado a conmemorar el centenario de la Constitución de 1833 y a estudiar la personalidad de sus autores. Merece citarse entre ellos el salido de la pluma elegante y vigorosa del Profesor universitario Don José María Cifuentes que, leído en solemne velada de la Academia, constituyó todo un éxito oratorio. El resto de los estudios analizan la literatura y el arte colonial y se deben a los señores Eduardo Solar, Luis Alvarez Urquieta y Fernando Márquez de la Plata, que tratan en forma definitiva la personalidad del Cronista Diego Rosales, la evolución de la pintura colonial y la historia del mueble en nuestro país durante los siglos de la dominación española.

En suma, una publicación que debe enorgullecernos y debe contar con el aplauso y apoyo de todo hombre culto.